Marcela y el Rey

al fin juntos

EDICIÓN DE CUARENTENA 2020



Luis Humberto
CROSTHWAITE

La FRONTERA es un muro que dice: "Hey tú. Estás entrando a los Estados Unidos de América, el país más poderoso del mundo. ¡No lo hagas!"

El primer libro de Luis Humberto Crosthwaite aún mantiene la frescura y el humor que tanto entusiasmó a sus lectores en 1988. Elvis Presley y Janis Joplin aparecen en sus páginas como espejismos en un desierto donde la realidad se confunde con la locura; asimismo, otros personajes coexisten incómodamente mientras luchan contra la soledad y el silencio. También están presentes en el libro las obsesiones de su autor (la celebración de la cultura pop, los reiterados homenajes a Tijuana, la complejidad trágica de la frontera norte de México...), llevadas de la mano por un fraseo ágil, juguetón, y un ingenio jubiloso que se encuentra siempre entre la burla y el melodrama.

Más que un libro de cuentos, **MARCELA Y EL REY AL FIN JUNTOS** es un desfile de carnaval, una playa en domingo, un festejo fronterizo donde todos estamos invitados a bailar y gozar.



Luis Humberto Crosthwaite

MARCELA Y EL REY
al fin juntos

seguido por

MUJERES CON TRAJE DE BAÑO CAMINAN SOLITARIAS POR LAS PLAYAS DE SU LLANTO

Edición de Cuarentena
2020

A quien corresponda:
El autor de esta obra autoriza su
distribución gratuita
en formato digital.

Edición de Cuarentena 2020
es un homenaje y una celebración
editorial dedicados a la vida
de nuestro querido amigo
Hebert Axel González
(1960-2020)

Fotografía de la portada: David Maung

Diseño de portada e interiores: LHC

Marcela y el Rey (al fin juntos)

Primera edición en Joan Boldó i Climent/Universidad Autónoma de Zacatecas/SPAUAZ, 1988.
Segunda edición en Amazon, 2013.
Tercera edición en Edición de Cuarentena 2020.

Mujeres con traje de baño caminan solitarias por las playas de su llanto

Primera edición en Ediciones de la Universidad Pedagógica Nacional, colección Cuardernos del Acordeón, 1990.
Segunda edición en Edición de Cuarentena 2020.

La presente edición contó con el apoyo incondicional de Karla Rojas Arellano, Karla Martínez Alvarado, Jaime Chaidez Bonilla, Alfredo Carapia Cisneros y Margarita Yanette González.

A Yoya Marrón
(1919-2013)
por todo lo que hizo y me dio.

Índice

El vaquero, la secre y el Rey

David Ojeda

A través de maestros y lecturas recibimos influencias que nos forman y dan lugar a ideas y prácticas que, más adelante, otros maestros y autores llegan a sacudir o fortalecer. En la tradición literaria regional, a la que me debo, escuché con frecuencia dos consejos que malamente pueden ser considerados excluyentes: mantenerse atento a los clásicos y no descuidar la obra de los jóvenes, pues esa dualidad jánica para otear el horizonte de la creación literaria —hacia los clásicos una cara y hacia los jóvenes la otra— favorece en quien la mantiene un rico panorama de su tradición.

Alguien escribió que toda generación supone que con ella surge y termina la historia. En efecto, un mundo nace y muere con cada una; pero ese mundo, esa visión de él, esa experiencia, a una anterior se suma y a otra da lugar. Partícipe y testigo, a lo largo de lustros, de los flujos y tendencias y vaivenes de nuestro sistema cultural, he constatado que cada promoción averigua pronto estas cuestiones. Como coordinador de talleres literarios en diversos lugares del país, en espacios académicos y de investigación universitarios, en tales o cuales proyectos editoriales, he podido corroborar en numerosos grupos de jóvenes las virtudes que generalmente

los distinguen y por lo común se perciben en equilibradas mezclas: la arrogancia y la modestia; la originalidad promisoria y la adopción entusiasta de modelos; la espontaneidad avasallante y la imitación enojosa; la inocencia creadora y la malicia del erudito; el deseo de sumarse a una tradición y la necesidad de distinguirse en ella; la crítica bondadosa y la autocrítica sanguinaria —o al revés—; el respeto del canon y su trasgresión.

Por mi parte, si de alguna virtud he llegado a hacerme como coordinador de tantos talleres, tal ha sido la capacidad de reconocer el talento y rendirme a él. Y cuando así ha ocurrido me he dispuesto a ser testigo, con el paso de las sesiones, del despliegue de un escritor en ciernes cuyo desarrollo profesional —aunque sujeto a vaivenes y circunstancias de todo tipo— suele cumplirse a cabalidad. Pues nunca dejé de entender mi tarea como la del maestro que busca, a la manera de los gremios en la Edad Media, capacidad y dedicación, habilidad y compromiso. Preferí, de este modo, las cualidades que garantizaran compañeros de taller enterados y modestos al mismo tiempo, por igual conocedores del canon e irreverentes ante él, llenos de humor y sentido crítico.

Uno de los autores que más ha llegado a distinguirse en mi ánimo lector —porque reúne con creces esas características y capacidades—, se sumó, cuando apenas contaba con 23 años de edad, a un taller que por entonces, en 1985, yo coordinaba en la Universidad Autónoma de Zacatecas. Pronto nos dimos cuenta los integrantes de dicho centro de trabajo literario de los amplios vuelos de ese narrador cuyo apellido y origen nos hacían imaginar e imponerle una historia personal llena de misterios: Luis Humberto Crosthwaite, tijuanense. Y él, con una mirada brillante tras sus pequeñas gafas, con un

andar lento, como de pistolero a punto de desenfundar en un duelo, comenzó a llevar al taller los cuentos que andando el tiempo iban a conjuntarse en **Marcela y el rey al fin juntos.** Las nueve narraciones que integran el libro motivaron siempre vehementes comentarios y su autor pareció habituarse pronto al entusiasmo con que se aguardaba su lectura. Su habla, con acento tijuanense, envolvía a los asistentes para encantarlos con sus descripciones de amores imposibles o la recreación de personajes que se entreveraban con Janis Joplin, Elvis Presley o Juan Escutia, entre muchos más. Todo ello, además, en estructuras formales llenas de originalidad, ágiles y a ratos fascinantes.

Puedo por todo eso asegurar que durante un par de años ese taller se mantuvo en vilo a la espera de los cuentos de Luis Humberto que después, en 1988, dieron lugar a este, su primer libro, publicado bajo el sello de Boldó i Climent. El volumen puso muy pronto a su autor en un sitio relevante entre los narradores mexicanos, por lo que en la actualidad, con varios libros de cuentos y distintas novelas de su autoría, Crosthwaite se ha convertido en uno de los escritores más leídos y buscados por las nuevas generaciones de lectores en nuestro país.

Se narra porque algo se quiere decir mientras se cuenta una historia, algo que envuelve a lo narrado y, sin embargo, no es exactamente eso; se cuentan historias porque, a través de los sucesos que en ellas se despliegan, alguna opinión se aspira a enunciar, un punto de vista se desea volver más o menos perdurable, y una cierta moralización —sea crítica o conservadora— se pretende proponer. Luis Humberto Crosthwaite, con su andar de vaquero, posee un talento singular para imponerle a sus relatos un status que los vuelve

inolvidables. Allí se mezclan, de manera más que convincente, distintos motivos y temas cuya suma nos hace pensar e imaginar una región del país, reconocer corrientes musicales y autores, asomarnos a personajes y vidas que siempre tienen una lección o una visión que proponernos.

Porque un relato es, según alguna tesis, la verbalización de un suceso destinado a fungir como modelo vital o propuesta mimética. El relator indaga, averigua, recrea y redispone, arriesga; luego despliega una manera de entender y padecer y enfrentar la vida. Tal hace Luis Humberto desde el primer cuento suyo que leí hasta su última novela, sumando mayor destreza y hondura cada vez.

MARCELA Y EL REY
al fin juntos

(1988)

Ya no soy el requinto más tristón
del universo.
Francisco Morales

Todo el mundo pasó buenos momentos,
todo el mundo tuvo un sueño erótico,
todo el mundo se dejó crecer el pelo,
todo el mundo vio brillar el sol.
John Lennon

Marcela y el Rey al fin juntos en el Paseo Costero

Primera parte: Marcela

Ella tenía un gato, su único compañero, pero ahora está sola de nuevo. Los años, como el gato, se han salido por la ventana llevándose los muebles y la alfombra.

Suena el reloj.

Se levanta, se baña y se viste. Alcanza el primer camión rumbo al Centro y llega al trabajo antes que el resto de sus compañeras. Toma su lugar frente al mismo escritorio, frente a la misma máquina de escribir y frente a las mismas tareas.

Ocho horas después, sale y camina durante el mismo rato.

Igual que siempre.

Nadie la saluda.

Nadie le dice "con permiso".

El rock nunca llegó hasta ella.

Es la verdad.

Ella nunca llegó hasta el rock.

Nadie le invita un café por las tardes ni la lleva a bailar ni a cenar, ni a pizcar tomates en un rancho gringo al otro lado de la frontera.

Su vida se ha convertido en uno, dos, tres... (se levanta, se baña, se viste...) No comprendió que existen variaciones:

uno tres dos,
dos tres uno,
tres uno dos.

Marcela tiene cuarenta años y poco a poco (adiós, Marcela) el viento se la lleva mar adentro.

Entiende que las telenovelas son un consuelo cuando una de las protagonistas se llama Marcela y vive feliz con su esposo.

Hubo una época en que comprendió a la gente.

Fue una de sus etapas: caminaba por las calles populosas y se entretenía escuchando las voces.

Fíjate que:
mi hermano se robó a la mujer de mi primo,
los yanquis andan en Centroamérica, qué cabrones,
no puedo dejar la pinche borrachera, ¡salud!
Fulanito lleva tres semanas en la cárcel.
¿Qué te parece?

Lo comprendía todo.

Fue la etapa más constructiva de su vida —lo dijo ella—.

Ser comprensiva era ideal y educativo pero no tardó en acabarse. La indiferencia de los transeúntes hizo que dejaran de importarle.

Nadie le decía “dispense usted” y ella decidió no decírselo a nadie.

Así estaba bien.

Debido a estas circunstancias (Marcela siempre malhumorada), su único acompañante optó por la vida feliz y reproductiva de los gatos callejeros.

Amén: despreciar a la gente también es bueno, de vez en cuando.

Otra etapa, le diría al Rey poco después.

La última antes de la playa, antes de que abandonara el Centro, donde la gente es incolora, y permaneciera sentada junto a las ruinas del Paseo Costero.

Descubrió que muchos de los que caminaban por ahí se parecían a ella. Se acostumbró a mirarlos. Todos con su propio estilo y a la vez idénticos.

Como Marcela.

Qué caray.

Uno de esos días miró al Rey por primera vez.

Segunda parte: el Rey

En la frontera es común encontrar a seres como Elvis. Vagabundos que, a menudo borrachos, rondan los parques, duermen sobre las bancas o se tiran junto a las licorerías esperando que se los lleve la policía o el olvido.

Who ever comes first.

Así Morrison, Joplin, Hendrix.

La figura de Elvis, gorda y plateada, con brillantes en el cinturón y en los dedos, apareció de repente pidiendo indicaciones y rumbos para regresar a su **penthouse** de Las Vegas.

Pobrecito: no sabía que todo se acabó.

The End, dijo Morrison alguna vez.

Elvis se acercó a un transeúnte. Le dijo:

—**I've been so lonely, I've been so lonely I could die.**

Pero este siguió su camino a través de la avenida Revolución.

Sin responder.

Después Elvis miró a un agente de tránsito. Le gritó:

—**Oh let me be (oh let him be) your teddy bear.**

El policía no pareció conmoverse. En la cárcel, el triste gringo fue despojado de los diamantes que adornaban su vestuario, tomados a cambio de la multa, y después arrojado a la calle con unos cuantos pesos de vuelto.

Elvis era un cuarentón que no se apenaba con el trabajo. Intentó conseguirlo, pero es difícil en las fronteras grandes. Había pocos lugares que aún utilizaban música en vivo. Entre estos, uno, El Mike's acababa de contratar a una cantante de rock. Pesadota la chava.

Sorry.

Los demás no se interesaron.

—Te pareces demasiado al Rey.

Sus intentos por explicar fueron inútiles.

Tuvo la ocurrencia de cantar en los camiones urbanos pero fue rechazado del primero al que se subió. Los pasajeros preferían a niños cantando norteñas y no a gordos patilludos que cantaban rocanrol. Ellos qué sabían. Además, su mala suerte lo llevó a tomar la ruta Kilómetro Once-Los Pinos, donde la gente suele ser más apretada que de costumbre.

Quizás en otras rutas. Quién sabe.

Debido a esta decepción, Elvis dejó de peinarse y enflaqueció grotescamente; su ropa se convirtió en harapos y de ese modo (alguien dijo que no le restaba otra opción) fue como intentó molestar a las señoritas que se paseaban, en aquel entonces, por el Paseo Costero.

Tampoco resultó.

Tú y yo sabemos que el Rey nació para cantar.

Nada más.

Tercera parte: el mar

Uno podía estacionar su VW en aquella época y observar en la playa a muchos tipos como Elvis, repudiados por su apariencia y olor desagradable, por sus barbas largas y su cabello ensortijado, lleno de mugre. Tal vez hablando solos o gritando que son el Rey, cada uno un rey distinto.

¿Cuántas veces este escritor, sentado bajo una sombrilla enorme, bebiendo agua de coco, especuló sobre cuál de ellos era el verdadero rey?

Hace algunos años.

Ahora ya no existe el Paseo Costero.

Una gran tormenta dejó a las calles mordidas como a una gran torta de atún, los restaurantes y sitios bonitos hechos pedazos, carcomidos como víctimas del tiempo y no de la marea alta con sus olas y su sal.

Las esquinas sin semáforos.

Las cuadras sin esquinas.

Ya no hay gente.

A nadie le gusta el espectáculo triste del Paseo Costero.

Unos cuantos bañistas de vez en cuando.

Y el gringo caminando solitario, escribiendo su nombre en la arena y mirando cómo desaparece entre espuma y sargazo.

Elvis

En algunas ocasiones caminaba rumbo al norte hasta toparse con la frontera.

La frontera es un letrero bastante grande que dice:

Hey tú. ¡Precaución! Estás entrando a los Estados Unidos de América, el país más poderoso del mundo. ¡No lo hagas!

Hubo días de heroísmo en que el Rey se atrevió a cruzarla; pero, al introducirse unos cuantos metros, se acercaban los guardianes con sus pistolotas.

Elvis ya no daba explicaciones, se sentía demasiado solo. Escribía en la arena "ámame **tender,** ámame **sweet**" y regresaba apesadumbrado.

En cierta ocasión entró al mar y se estuvo largo rato en las aguas del Pacífico. Las olas subían y bajaban como un requinto de Carlos Santana, llanto de la tierra, sonrisa del cielo. Cuando salió, su aspecto aún era desagradable pero su olor era como el de un puerto pesquero, dulce para este escritor, desagradable para otros.

Una mujer pasaba su tiempo contemplándolo sin tristeza ni alegría. Eran los únicos en la playa. El sol se acercó unos milímetros.

—Soy el Rey. Me llamo Elvis.

Extrañamente, ella pareció comprender.

Cuarta parte: La frontera

Emocionado, el Rey habló con Marcela sobre Buddy Holly, Priscilla, el movimiento rítmico que podría existir en todas las caderas (no dijo "pelvis"); habló sobre la adicción a las drogas, de cómo ganar al veintiuno en algunos casinos de Las Vegas y de la frontera, parada en el norte desde hace mucho tiempo.

—Esa es —le dijo, señalando el letrero.

Marcela le contó de su trabajo, de su antiguo gato malagradecido, de las horas extras y de los impuestos. También le impartió un curso intensivo de taquigrafía, usando la arena como pizarrón.

Se enamoraron de inmediato.

A Marcela no le interesó que Elvis fuera divorciado.

Caminaron hacia el norte, platicando, hasta que se encontraron con el letrero (**Hey tú**, etcétera). Marcela dijo que de cerca no era tan grande como parecía de lejos.

Así fue como ella, estando sin nada que hacer, decidió traspasar el famoso límite que llaman La Frontera, conocido en otros lugares como la línea de crucecitas dibujada en todos los mapas y que nos enseñan a respetar en la primaria.

El Rey hizo lo mismo.

Ambos comenzaron su recorrido por la playa, sin rumbo fijo.

Poco después llegaron los guardianes.

Quinta parte: lo último

Marcela y Elvis al fin juntos.

Los otros, los tontos, gritaron **STOP.**

Aparecieron los helicópteros con sus mejores lámparas para señalarlos. Elvis se sintió en concierto.

Llegaron los periodistas y la televisión mientras ellos seguían caminando y el letrero, en la distancia, se hacía diminuto hasta desaparecer.

Los guardianes comenzaron a disparar.

¿Sirven las balas para algo?

Marcela y Elvis siguieron caminando. Ella recibía el rock

por primera vez. Él cantaba sus éxitos de antaño bajo la intensa luz de los helicópteros.

Había en todo aquello algo mucho mejor que en Las Vegas.

La gente tonta nunca comprendió que sus pistolas no existían para Marcela y el Rey, que eran, como la frontera, solo cruces pequeñas en un mapa quemado hace mucho tiempo.

Where have you gone, Juan Escutia

A nation turns its
lonely eyes to you
Simon & Garfunkel

a Roberto Castillo Udiarte

Nota del autor

El 13 de septiembre nunca fue importante para el grupo B. Era una fecha como cualquier otra. Nos ponían de pie por estatura y todos formaditos entonábamos el “Ciña oh Patria” de la misma manera. En la secundaria solo hubo un cambio radical para nuestros oídos. Uno de los maestros, el más despiadado, nos enfrentó cruelmente a una realidad histórica (“ah, ¿qué no lo sabían?”): los Niños Héroes fueron derrotados en aquella famosa batalla, los gringos los hicieron caca. ¡Seis años de asambleas y jamás lo habían dicho! Claro que hubo indignación. Claro que hubo quejas. No comprendimos lo que sucedió desde entonces. Nada volvió a ser lo mismo. Renunciamos a las canicas, a los soldados de plástico y uno de mis compañeros, de plano, confesó que comenzaba a gustarle una de las muchachas del grupo A, lo cual también se consideró una derrota. Teníamos 13 años aquella tarde. Regresamos a nuestras casas como saliendo del Estadio de San Diego después de que Los Padres perdieron la Serie Mundial.

Tres soldaditos en un camión: un güero, un moreno y un negro. El personaje central se llama Bobby (el güero-bueno). Los otros son Jesus sin acento (el moreno-malo) y Jackson Washington The Third (conocido en esta historia como el negro-feo).

Bobby se parece a Clint Eastwood: habla sin mover los labios, poco y casi en murmullo; se fuma un cigarro en menos de un segundo.

El moreno-malo escupe muy seguido pero de ninguna manera se parece a Lee Van Cleef.

El negro maneja un inglés neoyorquino que nadie comprende.

Bobby hubiera sido buen borracho de no ser gringo o militar. Prefería la soledad: requisito imprescindible; pero en el ejército, como en cualquier maquiladora, le fue imposible conseguirla. Ahí se hacen los amigos de siempre, los que no fallarán en invitarle unas cervezas cada fin de semana para ver el **Monday Night Football** en la tele y hablar sobre los viejos tiempos; allá, cuando sean ancianos, con sus hijos ya grandes y sus nietos en el servicio militar.

Bobby era hijo del reverendo y cantaba en un coro evangélico. Cuando cumplió 13 años, su padre compuso un sermón donde lo alababa como a un niño ejemplar, **Yankee Doodle Dandy**, orgullo de los americanos. Nadie entre la congregación se atrevió a desmentirlo, sin duda la voz del reverendo venía directamente de Nuestro Señor. Muchos pecadores se arrepintieron de inmediato. Al paso del tiempo, el muchacho tuvo varias oportunidades de corroborar las palabras de su padre. Primero en la escuela, cuando recibió varios trofeos por sus hazañas deportivas (el mejor en hockey, el mejor en básquet, el mejor en futbol cole-

gial). Después, en el ejército, su heroísmo se hizo ver justo cuando sintió un rifle automático en sus manos. Lo condecoró el mismísimo presidente.Nadie mató más nicaragüenes ni palestinos. Nadie destruyó más casas ni tantas familias. Todo en nombre de **truth, justice and the american way**: igualito que Supermán.

Los tres gringos cruzan la línea fronteriza como Winfield Scott en busca de los Niños Héroes, seguros de lo que hacen, orgullosos del uniforme que portan.

Fondo musical de Herb Alpert y los Tijuana Brass.

Descripción breve

La avenida Revolución es una calle importante. Por ahí pasan todos aquellos turistas que se ponen a merced de los mejores vendedores. Hay casas de **money exchange**, cabarets, burros rayados, fotógrafos, una enorme variedad de **curios shops** y señoras de Oaxaca, vendiendo flores, con sus niños amarrados a la espalda. En la Revolución también está el **World Famous Tillys**, el Jai Alai y el hotel donde preparaban las mejores ensaladas césar.

CONOZCA LA FRONTERA
MÁS VISITADA DEL MUNDO

Primero de dos anuncios cortesía de
la Dirección General de Turismo.

Es un espectáculo confuso para los seis ojos que acaban de llegar. Prefieren irse por otro rumbo, tras una falda que se mueve con intriga mexicana, carnada ideal para los tres pescadotes y sus tres carteras.

Aclaración necesaria: si Winfield Scott, general en jefe del ejército invasor, hubiera entrado por estos rumbos en lugar de hacerlo por Veracruz, tal vez el Castillo de Chapultepec no fuera tan visitado o el jalapeño Antonio López de Santa Anna, fundador de la frontera norte, todavía estuviera en la presidencia (pierna de palo sustituida por biónica, **made in Japan**), hablando sobre el clima capitalino, gozando de salud perfecta.

El niño Winfield fue el mejor de los estudiantes. Por eso, a los 13 años, ya se hablaba de ingresarlo al colegio militar de West Point. Era costoso, cierto; pero ¿qué mejor candidato para tan fina escuela? Además, su familia estaba entre las mas distinguidas de la región. ¿Quién no recuerda a los Scott, famosos latifundistas, dueños de grandes parcelas de algodón, caballos y negros? Winfieldcito se ruborizaba cada vez que su padre decía a los vecinos que lo había parido su vieja con el único propósito de que llegara a ser un hombre famoso, conquistador del mundo. El niño movía la cabeza diciendo que sí y los vecinos aplaudían su gracia.

La falda mexicana que siguen los tres soldados —como los peces, el pan y la tabla del seis— se multiplica, se hace de colores distintos, cada una invitando a su lugar preferido. Mañosas sirenas en el mar de la cerveza.

Fondo musical del compadre Lorenzo de Monteclaro.

Descripción breve

El callejón Coahuila y sus alrededores se encuentra en la parte norte de la ciudad, a tres cuadras del Centro, y presenta

los siguientes atractivos: cantinas, mujeres, hoteles, cantinas y mujeres (v.g. Las Adelitas, el Chicago, Las Chabelas, el New York). Es lo que en ciudades del sur se conoce como zona roja o "de tolerancia".

CONOZCA LA FRONTERA
MÁS VISITADA DEL MUNDO

Segundo de dos anuncios cortesía de
la Dirección General de Turismo.

Los gringos entran a la cantina.

La música se detiene. Miradas hacia ellos. Alguien escucha sonidos de espuelas, marcando el paso: es la imaginación de un borracho. Los ojos de Bobby recorren la sala. **Ojos de fría plata.** Enciende un cigarro con un cerillo que raspa en su pantalón. El moreno-malo escupe. El negro-feo dice algo en un inglés neoyorquino que nadie comprende. Caminan al mismo tiempo sin darle la espalda a los parroquianos. Bobby se para frente al cantinero. Es claro que ambos son hombres duros: sus miradas se cruzan desafiantes. El soldado no carga su **six-shooter**. Fatal error. Detrás del cantinero patriótico están acomodadas varias botellas y arribita un cuadro que limpia cada mañana: la imagen del Castillo de Chapultepec y seis caras uniformadas. El apellido del cantinero podría ser de la Barrera, Márquez, Suárez, Montes de Oca, Melgar o Escutia*. No importa. El moreno escupe. Bobby (o sea Clint)pide unas **beers** mientras que las

*__Otra nota del autor:__ Juan Escutia recibió un indiscutible ascenso en popularidad cuando empezó a circular un álbum histórico de estampas por el año de 1972. ¡Cuánto dinero gastado en los abarrotes de la esquina! ¡Cuánta decepción al descubrir que nuestra colección estaba saturada de Aldamas, Maximilianos y Obregones pero nada de Escutias! ¿Sería otra nefasta idea del presidente Echeverría o alguna conjura siniestra de la CIA para apoderarse de la juventud mexicana? La polémica es grande. Las especulaciones continúan.

gorditas de siempre deciden acercarse./

“Vende caro tu amor, **aventurera”,**
cantaría don Pedro Var**gas mientras**
Ninón Sevilla camina rum**bescamente**
con ojos, orejas, nariz y bo**ca de mujer**
afligida: esto solo para d**ar una idea**
de la am**bientación.**

/Obsérvese que ellas habían permanecido fuera de escena hasta el momento oportuno.

Los **boys** querían Budweiser pero les dan Tecates.

—**It don’t matter, man, they’re** más baratas —dice el moreno antes y después de escupir.

Las gorditas los invitan a bailar.

Los hombres duros no bailan, dice un libro que este escritor no ha leído.

Pero las gorditas convencen.

Desde la rocola, Lencho de Monteclaro cede paso a los Cadetes de Linares y “una palomita blanca de piquito colorado, ayer yo la vi llorando en la cumbre de un guayabo”.

Lorenzo de Monteclaro tuvo una niñez triste. Su padre quería verlo estudiar y convertirse en veterinario zootecnista. A los 13 años el niño huyó de su casa para ir hacia aquello que su destino le señalaba: ser un famoso intérprete de música norteña. Los Cadetes de Linares, a esa misma edad, ni siquiera se imaginaban que llegarían a culminar como los famosos Cadetes. Ahora son bien conocidos en la farándula y seguido se les escucha en Radio Ranchito. Nunca serán como Beethoven o los

Beatles pero eso a quién le importa. A ellos no. El papá de Lorenzo vive feliz desde que su hijo le compró una mansión en Los Ángeles, a unos cuantos metros de Hollywood Boulevard.

La iluminación es roja.

El güero se ve rosa y el negro algo así como morado. Las gorditas siguen morenas porque ya están acostumbradas al color de la luz. El otro escupe. Pasado un rato separa del ruido a sus compañeros y les dice:

—**Hey, dude. With those** rucas **we can make it rápido and if we know our business,** sabiéndoles tirar el verbo, de seguro capean sin feria. **Free. Do you understand,** ese?

El personaje central medita el asunto, acaba con otro cigarro y otra cerveza.

—**This míster** Tecate —diría más adelante— **must be a wonderful guy.**

En un inglés digno de un **western** italiano.

El cantinero aclararía:

—Tecate no es un señor, **partner**. Es una ciudad.

Bobby acepta la idea de Jesus sin acento. Comienza con su mejor verbo. La gordita acomoda el oído:

—**Love is a many splendoured thing** —le dice el güero en tono cantadito.

La mujer gorda, con quince años en el negocio, contesta **yes** a todo mientras analiza el asunto. "**Love** vale pa pura madre", ronronean sus tripitas a la vez que su cara sonríe.

La niña siempre quiso casarse con el tendero de la botica San Martín de Porres (era tan guapo, tan fuerte, tan Pedro Infante); pero a su papá se le ocurrió morirse cuando ella tenía 13 años, así que tuvo que ayudar con los gastos de su familia. Sus hermanos le recomendaron un viaje a la frontera norte para que trabajara un tiempo en los Estados Unidos (adiós ilusión de infancia, adiós Pedrito; lo malo fue que nadie le dijo, a la pobre, que el cerco no era tan fácil de cruzar, que había coyotes para pollitas como ella y que después, eso de regresarse a su pueblo sería lo más canijo). Siempre fue buena cocinera y había rumores de que a los norteamericanos les encantaba la comida mexicana.

El mundo de Bobby comienza a girar. **Turn, turn, turn.** Las Tecates no son como las Budweiser. Comienza a perder todo sostén en sus piernas flacas. **Good bye, yellow brick road.** Suelta su último verbo, tambaleante como un avance del séptimo de caballería sobre el flanco derecho del enemigo, como Custer en **Little Big Horn,** como Windfield Scott si hubiera comenzado su invasión de México por estos rumbos fronterizos. Bobby lo hace simplemente diciendo **free**, que en lengua anglosajona puede significar dos cosas: gratis o libre; palabras que la gordita no comprendería en ningún dialecto.

Free: como un obsequio en una caja de palomitas enmieladas o cereales del tipo **Cap'n Crunch with Crunch Berries.**

Free: como una muestra de perfume francés, prohibida su venta al público.

Free: como olvidarse del mundo y morir en cualquier esquina con botella de alcohol en mano. Que el gobierno cubra los gastos del funeral.

Well, I'm sure that I could be a moviestar
if I could get out of this place.
BILLY JOEL

La mujer se voltea, lo deja y dice:

—Aquí hay otros gringos que se quieren ir sin pagar.

Ella jamás ha escuchado la canción **Piano Man**.

—Pobrecitos –agrega el cantinero.

El niño quería una bicicleta como la que vendían en Deportes La Popular. Su padre le dijo que no había futuro en bicicletas, que ser cartero no tenía sentido y que pensar en esas cosas era demasiado infantil. "Ya eres un hombre, ya tienes 13 años", le decía mientras lo golpeaba con la hebilla de su cinto. Su padre fue un hombre sabio. El niño lo entendió al mirarlo tirado, borracho, pensando en la esposa que lo abandonó. De todos modos pudo acercarse, sacarle el dinero y comprarse una bicicleta (diez velocidades, frenos de goma, brillosa como ninguna). Robar a borrachos siempre ha sido lo más fácil. Desde entonces decidió ser cantinero.

La mujer estudia, se ríe, dice que no entiende. Espera.

Bobby cae al principio como un gran árbol canadiense, derechito como un cohete que no alcanzó la luna. Después Bobby sobre la barra, sobre la mesa, luego encima de la silla que se quiebra (se escucharían aplausos si hubiera público atento).

En la pared está un cuadro con seis caras uniformadas.

The kid heroes of Chapultepec.

Very nice.

El malo y el feo intentan ayudar al amigo güero pero acaban igual: tres manchas en el piso.

Lencho de Monteclaro: “Me dejaste abrazado de un poste”.

Cadetes de Linares: “Dos amigos que venían de Mapimí”.

El moreno ya no escupe.

El niño moreno (13 años cumplidos) no tenía problemas, su decisión había sido tomada: quería dos hot dogs, una malteada de vainilla y unas **french fries**. El del problema era su padre: “Tantos años jodiéndome para que me pague así este hijo de la chingada”. A él le hubiera gustado darle frijoles refritos, chilaquiles y champurrado. “Eres mexicano, acuérdate, somos mexicanos”. El niño, con la boca manchada de cátsup, lo miró con ojos cafés que cada día eran más azules y se fue a la recámara para ver un poco de televisión. Años después, verdaderamente intrigado, le preguntaría a su papá: “Oye, jefe. **If you’re so Mexican,** ¿por qué te quedaste a vivir por acá, por qué no ganaste **your** dolaritos y te regresaste(s) a tu tierra?” Desde entonces el padre no volvería a tocar el tema y los ojos del niño se tornarían azul oscuro con estrellitas blancas.

Día siguiente.

Tres soldaditos en la banqueta.

Muy patéticos.

Nadie los recoge.

Uno de ellos despierta con los ruidos de la ciudad encima. Claro que hay indignación. Claro que hay quejas. Es cuestión de honor. Esto no sucede en las películas de vaqueros. No traen cartera ni botas. El moreno anda sin camisa (**shit**). Por lo tanto —concluye un policía que decide acercarse—: sin nada de dinero. Lo cual es muy malo. Muy malo.

Amenaza con meterlos a la cárcel si no dejan de quejarse.

El negro, con todo y su acento neoyorquino, permanece callado.

Le hicieron la mejor fiesta cuando cumplió 13 años. La familia cooperó y le compraron un suéter. Parecían felices entre la música y el alboroto; él se sentía bien. Hasta el abuelo que estaba por morir se sentía bien. Hasta la niña enferma. Hasta Wilona (siempre existirá alguien que se llame Wilona), su hermana, que con frecuencia lo molestaba. Su papá le dijo que de aquí en adelante serían una familia feliz **(We're gonna be one happy family).** El niño supo que su padre era un hombre derecho pero enfadado. Fastidiado de sus ochos hijos, uno en la cárcel; fastidiado de su esposa, sirvienta de gente blanca; harto del pinche departamento donde vivían, con sus cucarachas y ratas y piojos y pulgas; decepcionado de la misma vida todos los días. A nadie le sorprendió encontrarlo muerto la semana siguiente. A nadie le sorprendió, tampoco, cuando algunos años más tarde, el niño decidió enlistarse en el ejército. Un vecino fue el que comentó "de tal palo, tal astilla", o su equivalente, cualquiera que sea, en inglés neoyorquino.

Tema musical: **Taps** (versión de cornetista melancólico).

One little, two little, three little gringos regresan a su país. Derrotados como el general Scott, jefísimo máximo de la invasión norteamericana, si hubiera entrado por la frontera más visitada. Un error estratégico digno de las clases de historia en la primaria Abraham Castellanos.

Don Winfield regresaría a casa aún buscando su sable, el sombrero fino, la Colt 45 y las espuelas de manufactura italiana (ingenuo si pensara que su esposa le va a creer que

su condición se debe al desenlace de una batalla).

Qué Waterloo ni qué Waterloo.

Qué Vietnam ni qué Vietnam.

La prensa amarillista dirá que las armas nacionales se cubrieron de gloria, tal vez algún político ofrecerá palabras similares en una cena del Club Rotario. Lo cierto es que las armas nacionales no habrían tenido nada que ver en el asunto. Es penoso suponer que a los verdaderos héroes jamás se les dedicará un monumento ni aparecerán en los libros de historia.

Y para terminar:

Es común que los gringos, demasiado tarde, descubran que las crudas en terreno mexicano son aplastantes. Los tres soldados regresan a su país y, en el primer **rest room** que muestra las estrellas y las franjas coloradas, hunden la cabeza en la profundidad de un excusado.

Ahí, donde todo es posible.

A los 13 años, Juan Escutia no quería entrar al Colegio Militar. Era una escuela fea, grandota, en un cerro muy alto. Deseaba ser un niño normal como sus compañeros de primaria. Abogado, contador, lo que sea. Vivir en una casa con cocina integral y baño de tina; casarse con una güerita, tener un par de hijos y sentirse como multimillonario en el fraccionamiento Chapultepec. Pero había que comprender: su papá ya tenía pagada la colegiatura. Ni modo.

Existirá Raquel

¿Existirá Raquel?

¿Por qué la pregunta?

Porque hoy desperté con eso en la cabeza, haciéndome ruido como si fuera un clavo suelto en una caja, moviéndose de aquí para allá. Y no es grato. Es como una soledad entre signos de interrogación, una duda extraña que le encantaría a Raquel si se la contara:

—Puede que sea verdad —me diría después de un trago largo de cerveza.

—Qué.

—Puede que yo no exista. Tal vez soy algo que te imaginaste.

—No me chingues.

—Es común que suceda, ¿sabes?

Raquel lo explicará todo. Todo sobre los poderes mentales, sobre el misticismo; todo, incluso, sobre la brujería.

—Brujería no, magias.

Da lo mismo. Total, la plática me pondrá de mal humor. Ella sabe que procuro no hablar de eso. A veces trata de no hacerlo pero aclara:

—Fue un rollo de juventud. A mi mamá también le fascinaba.

—Son jaladas.

—Está bien, mi querido King Kong, como quieras.

Lo único claro es que Raquel me divierte. Estoy a gusto con ella. Soy un poco mejor. Un poco distinto cuando andamos juntos. Cualquier onda es interesante y nunca, en los años que la conozco, le han faltado cosas de que hablarme.

Es buena morra.

Pero me molesta la sensación con que amanecí. Me asusta un poco y de plano le saco a decírselo. Raquel se burlaría. De seguro. Tan sencillo como mencionarlo para que se burle. Tan sencillo como visitarla. Avenida Los Ángeles, fraccionamiento Las Palmas.

—¿Se puede dudar que exista la gente?

—Duda de todo lo que te imagines —dictaminaría Raquel.

—Estás zafadísima, mi Buda.

—Preguntas lelas, respuestas zafas. Acción, reacción.

Fantasía, realidad.

Dudas, tonterías.

Un camión.

Francisco encuentra un lugar desocupado.

Una niña lo molesta desde el asiento trasero. El camión es una batidora. Del Centro a casa de Raquel se harán unos veinticinco minutos. No son las doce aún.

La chamaca le jala el pelo. Su mamá la regaña.

El hombre baja a la altura del ISSSTE; antes, quiso hacerle una mueca a la niña, decirle algo, pero ella y su madre ya habían bajado. Los hechos transcurren con rapidez.

¿Cuál es el número de la casa?

La calle de Los Ángeles es fácil de encontrar: dos cuadras y a la izquierda, entrando al fraccionamiento. Qué tontería olvidar el número. La casa es azul cielo con marcos blancos. Francisco camina. Los carros aparecen y desaparecen. ¿Cuál es la casa? Es azul. Varias son del mismo color.

—Aquí no vive ninguna Raquel —dice una vieja.

—Pero debe vivir por este rumbo. Me acuerdo de su casa.

—Aquí no vive ninguna Raquel —repite la vieja.

—Entonces es en la otra cuadra.

—Aquí no vive.

Y la puerta se cierra.

—El mundo es una puerta, Tarzancito.

—El mundo es una bola, Yeinecita.

—¿Sabes que Johnny Weismuller murió loco? Todavía, en su mansión, se escuchan sus gritos. Iguales que en la tele.

—Los gritos de Juanito me tienen sin cuidado.

—Es que no entiendes la importancia de ser Tarzán. Para él era necesario. Era su vida. Lo que le daba de comer. Cuando te aferras a algo, eso queda aun después de la muerte.

—Deveras estás loca.

—Pero aquí andas.

—Aquí ando.

—Es tu misma necesidad de no estar solo, amigo Sigmund.

Podría ser un sueño. Cuál. Por ahí debe haber un parque, se dice Francisco inseguro, donde caminaban y pasaban ratos enormes. No hay parques. Es triste: si buscara otros lugares tampoco los encontraría —biblioteca, canchas de voli,

hoteles—. Ya se puede suponer. No es difícil. La anécdota lo señala pero Francisco es un personaje necio. Regresa al Centro y camina por la Revolución. “Nos reíamos de los gringos”, recuerda.

No existe el restaurant donde se conocieron.

Regresa a su departamento.

—Háblame.

—¿Qué quieres que te diga?

—No sé. Me molestan los silencios.

—Estás demasiado acostumbrado a que no me pare la boca.

—¿Será?

(Eres un buen cabrón, Panchito, medio feo pero eso no le importa a las viejas. ¿Por qué no sales a buscar otra? No se te hizo con la Raquel, que ya no te interese. Convéncete de que no es de tu tipo. Estará muy buena y todo lo que quieras, tendrá unas nalgotas y todo lo que quieras, cogerá estupendo y todo lo que quieras, pero ¿por qué no vas a buscarte otra Pancha? Es domingo, a la nochecita te encaminas a una discoteque, te consigues una gringa y te la traes para acá, son facilísimas; por lo pronto, tómate un café, siéntate, deja que se acomode el desayuno y abre la ventana.)

—Háblame.

—¿Qué quieres que te diga?

—No sé. Cuando estás callada te me borras del pensamiento.

—Conste que tú regresas a la plática, Mefistófeles.

—¿Qué dices?

—Nací en tu cabecita, yucateco. Ni pedo, me resigno a ser el Pato Donald de tu Walt Disney, la Sherlock de tu Conan Doyle, la etcétera de tu etcétera.

No lo voy a pensar. Raquel existe porque existe. La conocí hace tres años. Es rubia, el cabello le llega a los hombros. Le gustan las hamburguesas de Mcdonalds, las **french fries** del Jack in the Box y las cebollitas del Burguer King. Es fanática de la cerveza. Mide como uno sesenta. La quiero un chingo, un chorro, un montonal. Habla hasta por las rodillas: el otro día me narró su árbol genealógico desde Eva. Este engendró a este otro. Fulanita engendró a Marianita. Y luego su abuelo, raboverdísimo, sostiene un récord mundial por ser quien más aparece en los archivos del registro civil. Comencé mal el día. Parece que me desvelé con ella anoche. Es el cansancio. Merezco una taza de café. Cargado, muy cargado. Necesito sentarme, dejar que se acomode el desayuno y abrir la ventana.

—Háblame.

(Bonita se ve Raquel con su carota de dos metros y su sonrisa de ventana a ventana. Ahora sí que me preocupas, Panchito. No sé de dónde sacaste eso de Raquel. Te juro que me preocupas, no vayas a terminar como en aquel cuento del reverendo Cortázar: "y doce pisos". Aquí son tres nada más, así que ni lo pienses. No es tan gacho, manito, no te me agries. A todos nos

pasa. La viste, te dormiste y la soñaste. La rubia que todos quieren, güey. ¿No que preferías la Tecate? ¿No que muy regionalista? Tu Raquelcilla es un anuncio de cerveza sobre el edificio de enfrente. Mira que te desconozco. ¿De dónde sacaste el resto de la historia?)

—Háblame, Raquel.

Francisco toma una silla y se planta ridículamente. King Kong se suicidó, hubiera dicho Raquel, muy mal por cierto, cuando la luna se puso "grandotota como una pelotota". Se supone ahora que Francisco muere de amor en su asiento, como queriendo llorar pero no.

Tocan a la puerta.

La inexistencia es cuestión de perspectiva. Si ella no existe, entonces quién llama a la puerta. No es un toquido ni una voz sino un pasar de la mano sobre la madera.

Si Francisco está solo, como siempre lo ha estado, enmedio de una ciudad que no existe, de un mundo desaparecido; entonces, ¿quién está afuera?

De nuevo, es el rumbo que lleva la historia.

La puerta, así como la ventana en el otro lado del cuarto, son un punto intermedio entre la no-fantasía y la no-realidad.

Francisco libra la garganta:

—¿Quién es? —exige saber.

Del otro lado: nadie responde.

Termina el sonido y el cuarto se envuelve de un silencio que entra por la cerradura. Un miedo que entra por las costillas. Un casi terror que aterroriza, un casi espanto.

Francisco se levanta de la silla. Desde el centro de la sala donde se encuentra, es la misma distancia a la puerta cerrada que a la ventana abierta.

De nuevo el sonido.

De nuevo la certidumbre de que todo pronto va a terminar. Francisco mira hacia la ventana: ya no está el anuncio de cerveza sobre el edificio de enfrente.

El Great Wallenda o summertime time time

Hoy pocos recuerdan al Great Wallenda, cirquero máximo, chaparrito sin temor a las alturas, gringo buena onda. Le gustaba caminar sobre cuerdas flojas, guardando un equilibrio perfecto.

La Janis se detiene en la Revu; su carro es un Volkswagen feo pero bien pintado, con rayitas negras y rojas. Le dice al Wallenda algo que en mexicano sería: Súbete, compa, me agradas; tienes cara de joto, pero me agradas.

El Great se hace del rogar, miente con los ojos: andaré en la Revu, será domingo pero no soy ningún cabrón fácil.

—Es tu pedo —dice la Janis, medio ebria, medio pasada. Abandona el carro en doble fila y camina junto al Wallenda.

—Me gustas cuando callas —declama la morra y el hombre sonríe. Agrega sin decirle: Sí, a mí también me cae la poesía.

Unos cholos, parados por ahí, tripean: ese bato ya la hizo.

La pareja se mete a un hotel, se casa al siguiente día y el departamento de tránsito recoge al Volkswagen.

—Bonita pareja —dice el licenciado mientras los hace firmar un papel. La Janis guarda un silencio respetuoso porque es tímida entre semana.

—Por eso —comenta ella—, de habernos conocido el lunes jamás nos habríamos casado.

Con una carcajada que justifica su nombre, el Great levanta su botella de Bacardí y brinda por la felicidad de los domingos.

Lindo día. Aburrido pero lindo.

COMPRAN UNA CASA DE INTERÉS SOCIAL Y VIVEN FELICES ALGUNOS años. Tienen un hijo a quien le gusta caminar sobre cuerdas flojas y una hija que, como su mamá, blusea con su voz para apasionar al mundo.

Los vecinos les llaman la familia perfecta.

Wallenda es un **great** esposo. Antes de empezar con su trabajo le habla a la Janis para recordarle lo contento que vive con ella y la mujer generalmente le contesta con un blusecito suave:

—Es que hacemos buena pareja.

A menos que fuera fin de semana porque entonces respondería, nada tímida ni modesta, con un rock pesadote:

—Pues cómo no, si estás hablando de mí.

NADIE SABE LO QUE PROVOCA EL CAMBIO EN LA GENTE. LA JANIS, nerudiana 100%, hubiera dicho: “Nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos”. La cuestión es que el Great comenzó a llegar tarde:

—Los compas batallaron mucho quitando la cuerda y tuve que ayudarles.

Muy mala excusa.

La Janis, por su parte, ya no le dedicaba tiempo a la cocina; seguido se le veía dando conciertos en el Mike's. En ocasiones a ninguno le importaba lo que el otro hacía. Con frecuencia, en contradicción, se enojaban cuando alguno de los dos no se hallaba en casa.

Bebían en exceso. El Great llegó a maltratar a los niños y ella seguido pensaba en el divorcio. El matrimonio llevaría unos ocho años cuando dejaron de hablarse. Dormían en camas separadas; caminaban ignorándose de la sala al comedor y de la recámara al baño.

—Dile a tu madre que ya no quiero frijoles, que si no sabe hacer otra cosa.

—Dile a ese cabrón que ya no esté chingando.

De plano, el gringo abandonó el hogar para el noveno aniversario.

Ya nadie recuerda al Great Wallenda. Su vida se subrayó muy poco en la historia.

Muchos lo vieron en la televisión aquella tarde en Puerto Rico. Lo anunciaron en las noticias de las once. El locutor previno que la escena era inapta para los niños, que podría causarles daños irreparables, traumas de por vida.

Después apareció el Great sobre su última cuerda floja, con un pie delante del otro y una gran varilla para el equilibrio.

Un viento fuerte, unos gritos y paf.

Wallenda, que ya no era el mismo, doce pisos abajo en el pavimento.

Miles de personas se entristecieron pero ya nadie lo recuerda.

La Janis guardó silencio durante mucho tiempo. Los hijos crecieron: la chamaca terminó estudiando contabilidad, el niño acabó como velador en una gran tienda de ropa que después se incendió. Nadie supo qué fue de él.

Ella atiende una panadería, entre Séptima y Ocampo, que llamó **Summertime** porque era la canción favorita de su marido.

Es un negocio próspero. Mucha gente lo visita. Algunos la reconocen, le preguntan si es la Janis y le piden autógrafo. Otros, muy pocos, la recuerdan como la esposa del cirquero olvidado.

Entonces ella les habla del Great Wallenda, les enseña fotografías y no les cobra el consumo del pan.

Bajo la lluvia bailamos un vals

Un dos tres,
un dos tres,
todo daba igual.
Serrat

Manríquez es dos cosas: velador y hombre paciente. Velador porque cuida un almacén grandísimo. Paciente porque vive en una casa pequeña con su esposa, un perro y seis hijos: veinte años de matrimonio.

Pasa la mayor parte del tiempo en su trabajo (gracias a Dios y a sus patrones), muchas veces en doble turno, desde las cuatro hasta la medianoche y de ahí hasta las ocho de la mañana.

Hablar de veladores es hablar de historias tristes.

Clara, en la basura, es un espectáculo desagradable.

Mujeres en esas condiciones angustian el alma, dejan un vacío tremendo en los intestinos. Quienes pasan fingen mirar hacia otro rumbo, como si de repente les llamara la atención algún carro, alguien parecido a un primo o a un amigo que no se ha visto en mucho tiempo. Es para no mirarla en la basura; se hace lo mismo con borrachos dormidos en la acera y con perros que amanecen atropellados.

Saliendo del bote, las piernas de Clara parecen antenas de televisión. Orejas de conejo. El resto se sumerge en la

inmundicia junto a lo que se acumula cuando los recolectores tardan en hacer su recorrido.

En la tradición oral de algunos grupos indígenas, así como en escritos antiguos descubiertos a principios del siglo veinte, se habla de la existencia de un templo sagrado en las tierras de Calafia.

Para los veladores, la noche transcurre deteniéndose en cada parada de autobuses. Nadie además de Manríquez anda en el almacén. Es un rey muy aburrido a esas horas, cuando los autobuses no se detienen para la noche.

...nos sonreía la luna de marzo.

Extrae a Clara con cuidado, procurando no dañarla con las orillas del bote. La enreda en un trapo que debió ser cobija antes que basura y se la acomoda bajo el brazo. La mete al baño. Prepara una de las regaderas que usan los empleados durante el día y deja que el agua caliente se deslice por el cuerpo duro, un poco sucio pero esbelto. Después, arremangándose la camisa, talla las manchas con una esponja suave.

Limpia cada dedo del pie y de la mano, cada oído, cada ceja. Hace de enfermero cuando arregla las raspaduras del brazo y los tobillos.

La levanta con olor a jabón.

Por un momento joven, totalmente adolescente, quiere besarle los labios, tocarle las caderas. Pero se contiene.

Amanece. Los primeros trabajadores comienzan a marcar sus tarjetas de entrada.

Era la tienda de ropa más grande del noroeste, sus paredes surgían de la tierra como dioses babilónicos en espera de adoración.

La esconde en un cuarto sin uso. Antes de cerrar la puerta con candado, distingue algo en la oscuridad, algo extrañamente atractivo en esa seriedad erguida.

Clara, en el centro del cuarto, tiene el cabello rojo como una manzana en la cabeza de Joan Manuel Serrat.

Hace veinte años que tengo veinte años.

Manríquez jamás lo comprende.

Todas las noches tiene tiempo para juntarse con ella y leerle los periódicos. Intentan resolver crucigramas que jamás terminan y se ríen de los horóscopos que anuncian felicidad eterna. Clara debe ser sagitario. Le concede una atención que él difícilmente consigue con los hijos y el perro.

La esposa le pide dinero desde que lo ve llegar.

El velador come, escucha las quejas y se retira a dormir.

...un imperio magno cuyo poder aumentaba cada vez que clientes nuevos cruzaban su portal.

Manríquez y Clara se miran.

Mirarse es un desierto donde la humedad es prescindible. Es un separarse del mundo, de ruidos extraños, frío contaminado y niños que a veces hacen demasiado argüende.

Tocarse es revivir muchas historias, pensar en el pasado sin melancolía.

Son distintos, es cierto, pero su esposa lo es más aún.

...tiene muchos defectos, dice mi padre
y demasiados huesos, dice mi madre.

Clara lo observa como nunca, tal vez igual que ayer.

Quién sabe con certeza lo que existe en los objetos inanimados.

—Tengo que dejarla —dice él—. Puede que los patrones me dejen vivir aquí.

Clara
lo siente
lo vive a su manera sin vida
lo sufre en su dolor sin tacto
lo impediría si le fuera posible.

Diría: qué te espera en una vida conmigo.

Pero sin otro remedio permanece ahí, parada, compartiendo el poco tiempo restante antes de que él tenga que regresar a su casa.

Clara desea poner la cabeza sobe su pecho, acostarse con Manríquez unos instantes, al menos tratando de comprenderlo mientras escucha todos aquellos ruidos provenientes de unas entrañas que no han comido, que prefieren estar con ella, viviendo el momento.

Clara quiere llorar.

No puede.

Quizás lo hace pero nadie lo percibe.

Para muchos entrar significaba la perdición ya que el inexperto podía caer en manos de los insaciables vendedores de piso, cazadores eternos del porcentaje cotidiano.

El hombre abre los cajones. Saca la ropa. Su esposa le grita algo con muchos acentos, con muchos cabrón-cabrón. Saliva salpicada. Cara enrojecida. Golpes en las puertas. El niño chico comienza a chillar; no tiene hambre pero llora arrugando el rostro, imitando la piel de mamá, siguiendo los puños con la vista. El hijo grande se ríe frente al televisor. Los otros andan de vagos.

Manríquez cierra cajones y maletas.

Su mujer le avienta los años de matrimonio (veinte-veinte-veinte-veinte), quiere tocarlo pero no se atreve. Ninguno ha sentido la piel del otro, envejeciendo al paso de los pleitos.

Ella amenaza con un cuchillo, él apenas quiere mirar.

Casi dice perdóname pero nade sale de su boca apretada.

A la cabeza del imperio se encontraban los accionistas (deidades omnipotentes, sociedades anonimas descendientes del Rey David). Estos se mantenían gracias a la devoción de sus súbditos, empleados inmunes a cualquier sindicato.

—Clara: ¿dónde estás?

Si el cuarto fuera más grande te buscaría
en la cocina o el ropero pero es un lugar pequeño
que parece un campo anchísimo sin ti.

Clara ha desaparecido y él llega con flores, dulces, tarjetas postales simpáticas que supuso le gustarían.

Ella no está. Ni porque tuvo que recorrer el Centro en busca de un ramo que lo convenciera, ni porque se estuvo rascando la cabeza pensando dónde podrían vender los mejores dulces.

Clara no está sobre su pedestal en el centro del cuarto. De pronto se le ocurre que no es el único que podría tener la llave para el candado. Recuerda a sus seis o siete patrones —todos más jóvenes que él—, tal vez ellos, al encontrarla limpia, hubieran querido usarla de nuevo.

La
idea
da
vueltas
en
el
cuarto
vacío.

Han surgido varias leyendas al respecto. Entre ellas se cuenta que, cierto día, el hallazgo de un maniquí en buenas condiciones, dentro del almacén, causó tal disturbio que muchos reportaron el incidente a sus jefes inmediatos. Ellos acepta-ron reclutarlo sin preguntas (¡sea por la grandeza del imperio!). Le pusieron el mejor saco y los pantalones de mayor lujo. Lo pararon en el departamento de caballeros igual que un monumento a los héroes.

Manríquez se detiene.

Hombres y mujeres circulan a su alrededor. Maquinitas de cuerda que llevan de la mano a juguetonas futuras maquinitas.

El día se le abre en los ojos.

La diferencia llega como una reuma desconocida, enredándole los pies.

Manríquez intenta caminar pero es imposible, cualquier movimiento o palabra se transforma en lo más complicado. Ni siquiera puede buscar a Clara.

Lo triste: se queda recargado en una pared, como un borracho valiente en batalla contra la gravedad, observando los negocios de enfrente; lo demás ya no entra a sus pupilas inmóviles. El mundo se detiene.

La Historia nos comprueba que al pasar del tiempo todo imperio conoce su ocaso (Roma, Mongolia). Se habla de deudas a proveedores, evasión fiscal, auditores mal pagados; en fin, este halló el suyo en el irremediable caos de un corto circuito.

DESDE DONDE LO PARARON MANRÍQUEZ PUEDE MIRAR A CLARA sin problema. Sucedió de improviso: el endurecimiento de la piel y la pérdida de brillo en los ojos son síntomas de una enfermedad extraña, frecuente en ciudades grandes.

Convertirse en maniquí es uno de tantos destinos para hombres desolados. Es una tragedia que sucede demasiado seguido. Una vez, por ejemplo, Clara, sencilla señorita, operadora de teléfonos, quiso vivir-feliz-para-siempre pero acabó como muñeca de aparador en una gran tienda de ropa. Ahora ambos —ella en el departamento de damas, él junto a las corbatas y los calcetines— tienen la oportunidad de existir felices-para-siempre, nada más mirándose.

Pero ni eso.

...ella lloraba en silencio, lo juro.

Todo acaba en el incendio que ocurre en diciembre del setenta y ocho.

VIERNES NOCHE FRENTE AL TELEVISOR

Si hoy es viernes, el televidente podrá tomar su **TV GUIDE** de esta semana y ver que a las ocho exhibirán un programa hecho especialmente para él.

Y si es una persona que considera a la televisión como la única alternativa para remediar el caos en el que vive (el horrible trabajo, la horripilante esposa, sus horrorosos hijos), lo mejor será tomar en cuenta las siguientes indicaciones:

a) Oprimir el botón **ON/OFF** del cubo;

b) seleccionar el canal ocho (cadena CBS);

c) sentarse en un sillón o en la cama, observando los comerciales mientras se presenta la

Primera imagen del programa

Un hombre sentado frente a un espejo, manos en las sienes, quizá tratando de contener algún dolor. La posición es típica. El actor desconocido simula la desesperación y se intuye que dentro de poco comenzará a llorar.

¿Qué sucede con este hombre?

Estuche de comerciales: El mejor quitamanchas, la mejor oferta en venta de estéreos, la mejor pizza se mete al horno y está lista en tres minutos.

Continúa la historia

El mismo hombre sentado delante del espejo, su imagen frente a él. Ahora, el televidente puede descubrir que el actor se encuentra solo, en una habitación amplia. Este fulano pasa por una crisis (el espectador masculino común sentirá un malestar estomacal en estos momentos, cuyo remedio más eficaz podrá verse más adelante en el siguiente estuche de comerciales) y de repente aparece un

Flash back

(No se confunda con Flash Gordon en el canal seis.)

Un día bonito de primavera o verano. Niños corriendo entre calles de poco tráfico. Todo hace suponer que se trata de algunos veinte años atrás y por lo tanto la niñez del fulano frente al espejo. Acercamiento a uno de los niños. Así, el director de cámara intenta mostrar que ese chiquillo, en particular, es la semblanza pasada del personaje en crisis. El recurso técnico ha sido utilizado en numerosas ocasiones.

La escena está ambientada en una ciudad cualquiera. El grupo de niños parece jugar a las escondidas porque uno de ellos, recargado en un poste, dándole la espalda a los demás, comienza con el tradicional **one, two, three...** y los otros corren de aquí para allá en busca de un escondite. En otra escena, una de las niñas (son dos) toma de la mano al más pequeño y se lo lleva al final de la cuadra, donde hay un lote baldío que a veces funciona como basurero de la vecindad

y en cuyo centro se encuentra un refrigerador abandonado, viejo como el hielo.

Un lote baldío.

Un refrigerador.

Estuche de comerciales: el mejor remedio para malestares del estómago es Alka Seltzer, la mejor hamburguesa es la de McDonalds y el mejor refrigerador es el Frigidaire con descongelador automático. Lo prefieren las mejores amas de casa.

Regreso a la historia

El hombre sentado frente al espejo, manos en la cabeza. Hay un regreso momentáneo al tiempo real por si acaso un nuevo televidente acaba de poner el canal ocho, enfadado de Flash Gordon. El truco denota experiencia en el director de cámara (de seguro percibe un sueldo superior al mínimo).

¿qué significa tiempo real?

Flash back

La niña dice: "Ven, los demás no te encontrarán aquí".

Un momento de silencio para que los ojos del camarógrafo se conviertan en los ojos del niño; en estilo casi hitchcockiano se observa que la niña abre la puerta del refrigerador, mostrando su interior vacío. La imagen es un sendero directo hacia el aparato en el centro del lote baldío; lo demás, alrededor, parece oscurecerse. Lo único es la puerta abierta y un acercamiento de la cámara que muestra al niño caminando.

Ojo: esto es importante.

Después, la oscuridad.

Y un olor que no se detecta a través del televisor, un olor a vacío seco, encerrado y sucio, que el espectador jamás conocerá.

Estuche de comerciales: no.

Antes, el escritor hace una pausa para reiterar que el espectáculo es suyo y por lo tanto puede continuar como va, detenerse por completo o manejar el asunto desde otro punto de vista. El escritor barajea las cartas y las reparte entre los lectores.

Esto se llama: **dealer's choice.**

Dealer's choice

otra manera de pasar a lo siguiente

La puerta cerrada.

Oscuridad con olor a vacío.

Oscuridad sin propietario, abandonada en un gran lote baldío donde los niños acostumbran jugar.

Cuatro amigos.

El mismo restaurant. Buena comida. Ricardo y Diana comparten una hamburguesa. Los demás (Gaby, Miguel) toman café con leche. Platican sobre trabajo, películas y tal vez sobre teatro si hay alguna función de que hablar. Luego llega Joel y se sienta con ellos: cinco amigos. Una mesa. El mismo lugar.

Un juego de niños.

Gaby esperando.

—Ven —le dice.

Lo toma de la mano,

lo cuida bien.

Gaby es la mayor y él siempre desea acompañarla.

—Los demás no te encontrarán aquí —dice ella—. Ya se acercan ¿no los oyes?

No los escucha pero en fin: Gaby es la mayor.

El mismo lugar.

Un olor extraño.

—¿A qué huele?

Diana levanta los hombros, es la única que le pone atención porque se aburre cuando Ricardo empieza con sus historias.

Un olor a vacío que trae recuerdos de infancia. Algo se afloja en la memoria y cae sobre la mesa, rodando hasta llegar a Gaby. Joel lo mira. Es un pedazo de memoria. Se pregunta de dónde proviene, de qué lugar de su pasado.

Joel supone que ese pedazo podría confundirse con un cubo de hielo; así es de cuadrado y cristalino, también así es de frío. Diana le sonríe. Gaby, absurdamente, está atenta a las tonterías que dice Ricardo.

Ja ja, se ríe.

Joel levanta el trozo de memoria y, con discreción, lo deja caer en su limonada. No se disuelve. Los recuerdos mantienen su apariencia hasta el final.

Cinco amigos de infancia.

El mismo lote baldío.

Cinco amigos juegan a las escondidas. La niña mayor se lleva a Joel mientras Ricardo cuenta hasta cincuenta. Ricardo cuenta en inglés porque es creído, todos lo saben.

Lo que sigue: oscuridad con olor a vacío.

La puerta cerrada.

Oscuridad sin propietario, abandonada en un gran lote baldío donde los niños acostumbran jugar.

Un olor peculiar.

—¿Dices ese olorcito medio raro? —pregunta Miguel que, después de todo, sí le había escuchado.

—Ese mero.

—Voltea, mira —dice Miguel señalando atrás de ellos—. Es un refrigerador, lo están limpiando. Lo que huele es el refrigerador vacío y desconectado.

El cubo-recuerdo-hielo se disuelve en la limonada.

—Oigan.

Ricardo y Gaby se molestan por la interrupción de Joel.

—Qué pasa.

—¿Se acuerdan de aquella vez en el lote baldío?

—¿Cuándo? —pregunta Diana.

Un niño grita dentro del refrigerador, patalea, pide auxilio. Es una imagen clara.

—El día que me encerraron.

Ninguno parece recordarlo.

Extraño.

Las piezas se acomodan, el hielo toma su forma en la memoria. Todo encaja como en un cuento de Cortázar.

—Tú me metiste —dice Joel a Gaby. Nadie comprende—.

Te querías deshacer de mí, te estorbaba. Me tenías que cuidar porque nuestras mamás eran amigas pero tú querías jugar a gusto...

Nadie lo recuerda.

Curioso.

—Juré venganza —sigue diciendo—. Eso sí. Juré que me vengaría de esa broma pesada. Llorando y aturdido y ahogándome pero juré que cuando saliera de ahí dentro...

cuando saliera de ahí dentro

Espacio en blanco dejado por el autor.

Aquí la historia termina abruptamente.

Viernes noche frente al televisor, dos

Regreso a la manera original

Estuche de comerciales: el mejor rollo de papel sanitario, el mejor refresco lo anuncia el cantante de moda, la mejor pasta dental la recomienda un niño sonriendo.

El hombre sentado frente al espejo, manos en la cabeza, su reflejo también manos en la cabeza (se nota, por el manejo de cámaras, que el director opina que esto es relevante), haciendo una especie de inventario, recorriendo su vida como si fuera parte de una pelicula cuyo libreto tuviera algunas hojas faltantes. Lo de enmedio. Lo que sucedió después del refrigerador y antes de que estuviera en el restaurant con sus amigos.

cuando saliera de ahí dentro
cuando saliera de ahí dentro
cuando saliera de ahí dentro

llorando y aturdido y ahogándome pero
juré que cuando saliera de ahí dentro

Un hueco: oscuridad en la memoria.

La respuesta es necesaria.

Demasiado importante para que intervengan comerciales. ¿Quién lo sacó del refrigerador aquel día bonito de primavera o verano?

Tanto el televidente como tú, lector, ignoran que todo está previsto por el **dealer**, el que reparte las barajas y selecciona el juego.

Ya no habrá comerciales (ordena el autor), aún así...

Estuche de comerciales: el mejor programa, la semana que entra en este canal; de nuevo, el mejor refrigerador es un Frigidaire y por coincidencia la mejor televisión es idéntica a la que está viendo el espectador, hundido en el sillón de la sala.

La opción es de él: puede volver a presionar el botón **ON/OFF.** Resulta que en ningún momento se ha remediado el caos que está viviendo: trabajo, esposa, hijos.

Espacio en blanco dejado por el autor.

Demasiado tarde.

El hombre frente al espejo, su imagen frente a él, una reflexión idéntica, con un vacío similar en la memoria. **Flash back** que en realidad no lo es. **¿Flash forward?** Un niño gritando, exigiendo venganza como en los programas de televisión, como en los policíacos o en los de aventuras, donde siempre habrá alguien que exija venganza.

Luego oscuridad.

Luego el olor detestable.

Luego sueño.

Pero antes de dormirse aparece una imagen extraña dentro del refrigerador: cuatro adultos en un restaurant, todos ellos desconocidos y a la vez familiares, muy como Ricardo y Diana y los demás. Solo falta él.

Nadie sacó a Joel del refrigerador.

Primero desaparece el reflejo, después el hombre (en una disolvencia digna de una vieja serie de televisión sobre viajes espaciales) se convierte en un espacio vacío dentro del televisor.

El programa acaba cuando el niño, sudoroso y angustiado, finalmente sucumbe ante la falta de oxígeno en el interior del viejo Frigidaire, modelo LH24 con descongelador automático (serie descontinuada). El televidente no se percata de que también empieza a desaparecer: sus pies y sus piernas se vuelven translúcidos, luego transparentes.

Nadie más que tú y yo conocemos el final.

Espacio en blanco dejado por el autor
para terminar la historia

Incendios y demás en el edificio de enfrente

Esta no es una historia de fantasmas. Hay miles pero esta no es una de ellas. El argumento solo tiene que ver con la imaginación de un niño llamado José de Jesús.

En 1886, Sir William Hasborough escribió un documento donde estipulaba cuarenta y siete reglas para la construcción de "un cuento, novela o fábula que haga mención o uso de los seres sobrenaturales".

Un experto como él jamás hubiera dicho que esta es una historia de fantasmas.

El edificio de enfrente se quemó en 1980. Era el cuatro-efe de los condominios Infonavit-Padre Kino. En el cinco-efe vivía Chuchín con su familia.

—Pásame la sal —ordena el padre.

—Ni madre —responde la irreverente ídem.

—Entonces pásame los frijoles.

—Te doy las servilletas si quieres.

Chuchito los mira un rato como si fuera árbitro en un partido de tenis. Después, cuando acaba su comida, se retira y desde su recámara observa que el edificio de enfrente aún se ve quemado.

La plática fructifica en el comedor:

—Lo que pasa es que necesita un hermano.

—Lo que pasa es que este año Los Padres de San Diego sí van a ganar la Serie Mundial.

Chuchón es alumno de una escuela vieja, semiderrumbada, que tiene un letrero con los colores patrios y el nombre de la institución. Hay un semáforo tímido en la esquina. Chuchín sale a las doce, cuando el semáforo marca verde. Carga una mochilota que le hace tener un brazo más largo que el otro.

—Deberíamos comprarle una mochila nueva.

—Deberíamos comprar verduras.

—Deberíamos cambiarnos de casa.

—Deberíamos arreglar los hoyos del piso.

El verdadero asunto de esta historia (que no es de fantasmas, dirían Hasborough y Crosthwaite) comienza cuando el niño se detiene frente al edificio cuatro-efe y mira que se parece al cinco-efe solo que el suyo tiene techo y varios pisos.

El de enfrente tiene cuatro muros y nada más.

Huecos que eran ventanas y nada más.

Suciedad y manchas de humo.

Pedazos de concreto, olor de orines, botellas vacías.

Un árbol feo y María Luisa.

En 1980 los bomberos miraron lo bonito que ardía la construcción. Eran unas llamaradas altísimas que iluminaron la mañana y calentaron el aire. Alguna gente que despertó temprano creyó que se encontraba en el infierno. Otras pensaron que se hallaban en Mexicali, que era una pesadilla, que era imposible tanto calor y se volvieron a dormir.

Ni los bomberos más viejos habían visto un fuego tan hermoso.

Ni los bomberos gringos que estaban listos para ayudar.

Ni Prometeo ni Nerón ni Steve McQueen.

La lumbre era casi tan bella como los uniformes de los bomberos gringos.

—¿Oíste lo que dijo?

—Qué.

—Lo que te dijo, vieja.

—A ver: repítelo de nuevo —le pide la mujer al niño.

—Se llama María Luisa —dice J de J— vive en el edificio de enfrente.

—¿Y cómo es ella?

—Pues bonita, creo.

—¿Qué tan bonita? —pregunta el papá. Obviamente.

—Así. Más o menos como Rocío.

Pausa materna.

Rocío es una muchacha que lava, plancha, se acuesta con su marido y tiene la cara llena de verrugas.

Explicación:

Maria Luisa es una amiga imaginaria. Tiene papá, mamá y dos hermanos que nunca están en casa porque son vagos e imaginarios. Tiene un abuelo paralítico que se la pasa torturando gatos. ¿Cuántas veces puede sobrevivir un gato, si se suelta de espaldas desde el cuarto piso del Infonavit Padre Kino?

Aquí hay una pregunta que Sir William Hasborough no dejaría pasar.

Acerca su gordura hacia mí, bien acomodada en su traje victoriano, pronuncia cada palabra como si fuera un artículo de la Carta Magna:

—¿La niña murió en el incendio?

Nel.

—Entonces, **this is not a ghost story.**

Nadie dijo que lo fuera.

El que sí murió en un incendio, por pura casualidad, fue el mofletudo Sir Willie, pero sucedió en 1894 y no en el Infonavit sino en un barrio de Londres, muy alejado de la urbanización fronteriza.

Procuro evitarlo:

Hace poco hablé con una amiga psicóloga. Nos encontramos frente a frente en la avenida Niños Héroes. Fue imposible escapar o fingir no haberla visto. Ella, cordial como siempre, se acercó casi gritando por la emoción de encontrarme. Debió sentir algo parecido, pienso, al estrenar su primer paquete de manchas de Rorschach.

Es por demás, siempre sabe lo que estoy pensando y siempre, cuando habla, lo dice todo entre comillas.

Me dijo "Es común en los niños tener este tipo de amigos imaginarios".

Se detuvo para reflexionar. Le encantaron sus palabras y se entristeció por no tener en donde apuntarlas.

"Puedes verlo con frecuencia en aquéllos que viven restringidos por sus familiares".

Le rogué que no siguiera pero insistió:

"No te preocupes, cariño, es algo pasajero. En cuanto crecen, entran a la secundaria y empiezan a socializar, se olvidan del asunto por completo".

Aclaración imprescindible: Chucho no ha entrado a la secundaria.

Luego pregunté:

¿Y los amigos tienen padres, hermanos, abuelos imaginarios y gatos que caen del cuarto piso maullando a gritos?

“Creo que no”.

Ah.

“Depende del caso”.

Ah.

Conclusión imprescindible: la próxima vez camino por otra calle.

Dice mamá:

—¿ Y si lo llevamos con un doctor?

Dice papá:

—¿Para qué?

Aclara mamá:

—Tu hijo está zafado, viejo.

Aclara papá:

—Déjalo. Es la comida que le das.

Mamá preocupada se asoma por la ventana. Hijo solitario juega junto a las ruinas del edificio de enfrente.

Pregunta niña. Curiosa:

—¿Y cómo son tus papás?

Responde niño. Sabio:

—Son papás.

Replica niña. Astuta:

—Me gustaría conocerlos.

La casa imaginaria de María Luisa imaginaria es igual a la de Jesús verdadero, solo que con otros muebles. Los padres

de la niña ignoran a Chuchito.

Ella dice: —Así son, no te fijes.

Un gato cae por segunda vez desde el cuarto piso del Infonavit Padre Kino.

Chuy lo mira volar mientras regresa a casa.

Alrededor de la mesa hay tres personas mudas.

Chuyín siente la mirada de los adultos como un cuadro mal acomodado en la pared. No les habla de invitar a María Luisa.

—Te voy a decir esto Una Sola Vez.

El niño se hunde en la silla, se hace chiquito-chiquito y el dedo de su papá, señalándolo, va creciendo-creciendo.

—Ya no quiero que vayas al edificio de enfrente.

Quiero que cuando salgas de la escuela te vengas derechito a la casa.

—¿Oíste a tu padre, Jesús?

—Sí, señora —contesta con un sí muy bajito que rápidamente se esconde bajo la mesa.

En cambio:

la palabra "padre" revolotea unas cuantas veces, choca con las paredes y escapa por una ventana metiéndose después a una cantina junto con la palabra "Rocío".

Hay una teoría sobre los adultos, digna de mencionarse, que se escucha los domingos en el Parque Teniente Guerrero. Ahí es donde un filósofo concluye que a cierta edad, entrando a la adolescencia, hay un intercambio tipo gitano en el que alguien se lleva al jovencito original y deja a otro que es

idéntico en su físico pero con otra forma de pensar.

El filósofo se llama Chinto, es de Tecate, y lleva siete años bebiendo junto al Parque Teniente Guerrero.

Duerme sobre el pasto.

Seguido habla de Pink Floyd.

El niño sale corriendo de la escuela con su mochilota y su brazo largo. Cruza la calle con el semáforo en rojo. No es chisme: reprobó el examen de matemáticas.

Durante el recreo, un compañero le metió zancadilla, y a la salida tuvo que perder diecinueve segundos para meterle tres patadas.

Preguntaba el examen: ¿cuánto tiempo necesitaría si fueran siete patadas y dos compañeros?

De pilón: hoy perdieron los Padres.

El día es un gran semáforo en rojo.

Entra al edificio de enfrente. María Luisa lo mira con tristeza. ¿Será que es obvia la derrota de los Padres?

No.

—Ya no puedes entrar a mi casa —dice ella.

Nuestro niño permanece callado. Ni siquiera le comenta que su cara es como un carro recién comprado: bonita, sin raspaduras.

La niña medio cierra la puerta. Antes explica:

—Es que dicen que no eres un amigo verdadero. Dicen que te inventé en la cabeza.

José de Jesús se queda con ganas de explicarle que sus papás no quisieron invitarla a comer.

Final de la historia:

Agrega la psicóloga, mamá de María Luisa "Es que no entiendes, niña tonta, que en el edificio de enfrente no puede vivir nadie".

Pero esto no es cierto, solo es una suposición sin importancia.

Adiós a la luna

para Norma Bocanegra

Una-dos-tres-cuatro. La tormenta interior golpea las paredes, sacude. Ni la mesa del patio, que es casi un escape, puede mantenerla fuera del perímetro que marcan sus cuatro patas.

Gilberto se talla las piernas que le arden y se limpia los mocos como puede.

Esto acabará pronto. Seguirá la calma. La tormenta dicta sus últimas órdenes. Gilberto se arrincona en la oscuridad, mirando las flores, escuchando apenas la música y el alboroto de una cantina cercana. Al parecer la historia se repite, pero ahora la oscuridad encierra algo distinto, particular. Trata de serlo especialmente para él.

El niño siente que la noche se ilumina, puede observar poco de lo que no siempre es visible a esas horas de la madrugada: el cerco blanco, las rejas negras, un gato que pasa esquivando los picos con agilidad. Es la luna, piensa Gilberto.

—Se ve más grande —dice.

Grande como una moneda de veinte bajo una lupa que detalla cada mancha y aberración en su superficie. Gilberto abandona su escondite y mira que a lo lejos —mucho más allá de la barda, la casa de los vecinos y la torre de la iglesia—

se refleja la luna recién descubierta. El niño llega a la única conclusión disponible bajo condiciones de miedo y noches iluminadas: la luna está bajando, es decir cayendo sobre la Presa Rodríguez.

"Tu cuento es bastante estúpido, Lizárraga. Ya estás en quinto grado y lo suficientemente grandecito como para inventar esas historias. Más te vale que no se lo repitas a nadie. Tus papás dirán que soy yo quien te mete esas ideas en la cabeza. Con frecuencia se nos considera culpables de todo como si la nuestra fuera la única educación que reciben los niños".

—No mames.

—¿Te cae?

—¿Qué no sabes que es muy grande?

—¿Qué tanto?

—Como el sol.

—No tanto.

—Más que la presa sí.

—Me cae que sí es cierto. Si quieren lo juro.

—Nel —dice Rafa, y Jimmy se decide por una apuesta: cincuenta varos contra la fotografía de Hank Aaron, tesoro de Gilberto, en donde está el jonronero dando el batazo con que rompió la marca de Babe Ruth.

La cita es a las once.

Después de la escuela, regresar a casa no es solo un recorrido de tres o cuatro cuadras —la distancia es lo de menos—; el retorno es una búsqueda por la razón de las tormentas. Preguntas difíciles de contestar.

Los nubarrones ya están formados cuando llega. La electricidad fluye por el aire. Sus heridas de niño palpitan.

Besa la mejilla materna sin perder de vista al hombre frente a la televisión, junto a los botes vacíos y los periódicos viejos. Sobre la cabeza del adulto se acumulan las nubes más negras.

—Se está cayendo, mamá.

(Eso no puede pasar.)

—Ayer se miró más grande.

(Te digo que no puede pasar.)

Gilberto se acuesta a la hora en que lo establecen las reglas. La tempestad está formándose en la sala.

Los gritos dispersos reclaman el eco de la noche anterior. A las once, Gilberto rompe las normas y se encuentra con sus amigos. Hay un comentario de que Jimmy ya tiene quien le cambie a Hank Aaron por un Valenzuela. No es gracioso. Gilberto lleva la fotografía en la caja donde tiene las demás.

Rafa quisiera tener tantas como él.

Se sientan junto a la mesa, en el patio, y esperan durante un rato largo y frío. Sin luna. Con viento y grillos, con presa, sapos y árboles pero sin luna. Ni llena ni creciente ni menguante. Sin luna.

—Cáete con el retrato.

—Calmados. Espérense. Ya no tarda en mirarse.

—Ni madre. Eres un mentiroso.

La luna no aparece hoy; es decepcionante pero no importa. Gilberto sabe que la luna está bajando y que al paso

del tiempo será imposible ignorarla —todos los grandes descubridores han sido juzgados locos o mentirosos—. La luna será como un tapón sobre la presa, una pelota de beisbol en un charco y lo reconocerán ¡a él!, como el primer niño-hombre que la miró. ¿Qué dirán de Gilberto entonces?: Yo fui su maestro. Siempre supe que el niño tenía razón. Estuvimos en la escuela juntos. Es un chiquillo ejemplar. Soy mejor amigo.

Su papá estará orgulloso, sin duda. En la televisión ambos dirán que son grandes compañeros. Viajarán en un carro de lujo —con techo removible— delante de los desfiles más largos y bonitos de la historia. A su regreso de gira, mamá los esperará para comer juntos como lo hacen todas las familias. Después platicarán sobre muchas cosas y serán felices.

Al día siguiente padre, madre e hijo aparecerán en un comercial para calzado deportivo.

No hay cómo impedirlo: el Jimmy hará la pendejada de cambiar a su Hank Aaron por el Valenzuela, a un bateador por un pitcher. Qué bruto. Hace mucho, su papá le dijo que los bateadores eran más importantes que los lanzadores, que cuando tenía su edad —¿su papá fue niño?— había sido el mejor jugador de la colonia. Ningún otro fílder izquierdo de ninguna otra escuela tenía su brazo ni era tan veloz.

Su papá: el mejor jugador.

Pero eso fue antes de las tormentas y las lunas, antes de que faltara trabajo y tuviera que estar encerrado en la casa sin nada que hacer. Gilberto quisiera decirle que pronto acabará la pobreza, que cuando sepan que es otro Cristóbal Colón, descubridor de la luna que cae, su fama será mayor que la de cualquier beisbolista o futbolista o lo que sea. Guardará el secreto hasta el momento preciso.

La tormenta espera en la penumbra de la recámara. Permanece escondida. Se extiende y mete al niño con su furia huracanada. Caen las manos sobre el chiquillo como un par de prensas húmedas. Lo alcanzan y al suelo. Un choque. Gilberto escupe tierra. Quiere huir pero es inútil. Las prensas se convierten en azotes.

En el piso, una caja abierta: las fotografías se esparcen.

(¿Qué te estás pensando, que vas a jugar conmigo? Conmigo no, ni creas.)

Uno. Dos. Tres. Cuatro. La tormenta lleva cuenta de cada golpe (cinco), rito extraño de contabilidad (seis). Los números rojos (siete). Hierro caliente (ocho). Gilberto grita por su salvación (nueve, diez, once) y la respuesta (doce, trece) siempre llega a tiempo. Se abre la puerta y entra la luz.

(¿Lo quieres matar, idiota?)

(No te metas.)

El final de la batalla se acerca: primero golpes, luego la franja de luz y la voz femenina proveniente de otra habitación. Después todo se detiene. Los gritos se suspenden en la recámara y reinician en la sala junto a la televisión ruidosa, junto a los muebles y lo demás que también llora como Gilberto.

La historia se repite. El niño se escabulle por la ventana y se esconde bajo la mesa, como la semana pasada, como en días pasados, cuando miró a la luna acercándose.

Las fotografías se pierden. La caja entristece.

"Te voy a decir algo. Lizárraga, se me ocurrió el otro día que me contaste aquellas tonterías: lo que tú viste de seguro fue un aerolito o una lluvia

de aerolitos. Esos sí bajan pero no tienen por qué preocuparte, en cuanto entran a la atmósfera estallan en mil pedazos.”

—¿Ahora qué quieres perder, Gil?

—¿Qué pasó con tu lunita?

—A lo mejor ya se cayó y nos aplastó a todos.

El profe pregunta sin interés:

“¿Qué pasó contigo, Lizárraga?”

Se empieza a notar la catástrofe. Los muchachos se pasan de la raya, preguntan:

—¿Quién te dejó así, Gilito?

Y agregan:

—Sería tu papito-borrachito.

Se ríen. El niño contesta:

—Fue la tormenta. Así me dejó la tormenta.

Pero nunca se conforman.

—La luna y la tormenta.

—Qué mamón.

El regreso significa más que cinco o seis cuadras que se alargan con cada paso, es un constante interrogatorio, preguntas difíciles de contestar —¿y si no voy a mi casa?, ¿me buscarán cuando piensen que estoy perdido?, ¿y si no quieren buscarme qué?—, preguntas que hacen el camino más corto. De pronto ahí está la presa grandísima, toneladas de concreto y litros de agua que no es salada como la del mar, sino dulce y sucia como la del garrafón. Y arriba el espacio de cielo donde estaba la luna cayéndose, cansada de estar

sostenida por ese vacío que siempre ha sido de lo más enfadoso. Queriendo escapar de la noche con sus estrellas monótonas que, titilen o no, forman figuras de los mismos animales.

La luna baja porque está cansada de no poder compartir su existencia con la gente; quiere acercarse, juntar los cerros verdes con sus montañas blancas; tocar aquella presa, un espejo lejano que le recuerda lo inevitable de su cansancio.

¿Pero sabrá de la atmósfera, ese cruel guardián que la cuida no con amor, como tantas veces ha insinuado, sino con un recelo que debería guardarse en el bolsillo?

—Si sigue acercándose ¿no será peligroso para ella?

(Ya te dije que no puede pasar.)

> "Tormenta es una perturbación atmosférica debida a la alteración del campo eléctrico, bla bla bla..."

GILBERTO SE ACUESTA CUANDO LOS CAMBIOS EN LA ATMÓSFERA son más fuertes. Es la tormenta de diario la que no dejará caer a la luna sobre la Presa Rodríguez. Entre los cerros y las casas y la basura. Encima de peces y hombres ahogados, tantos en su interior que quizá también, en conjunto, sienten el rigor de su presencia cercana.

Es el huracán quien no la dejará caer, impidiéndolo con sus gritos, sus manos huesudas, su bigote grueso, su cara no rasurada, sus golpes pesados.

(Cabronaputahijadelachingada, ¿crees que no me jodo teniendo que vivir contigo? No me respondas. Yo soy el único que puede gritar. ¿Me oyes? El único que te puede mandar y matarte si se me da la gana, ¿me entiendes?)

Gilberto levanta las sábanas hasta su cabeza igual que

cuando escucha ruidos bajo la cama o imagina figuras siniestras en los detalles floreados de las cortinas. La tormenta se acerca siguiendo el camino de siempre: desquitará con él todos su coraje, subirá a quinientos la contabilidad y luego llegará la luz y la voz para defenderlo. El niño quiere saltarse la rutina. La historia puede cambiar. Es tiempo de huir. Se esconde bajo la mesa del patio —santuario-castillo-fortaleza— y desde ahí puede ver a la atmósfera perturbada, entrando a la recámara, gritando su nombre.

Tormenta de siempre, de todo lugar.

Cierra los ojos, los oídos, la boca.

(Ahora sí.
Enséñame qué
tan hombrecito
eres.)

Catorce. Quince. Dieciséis. La tormenta cae sobre Gilberto-diecisiete, estrujando su ropa-dieciocho. Quiere soltarse-diecinueve pero es inútil-veinte, las prensas lo sujetan-veintiuno, lo aprietan-veintidós. Y duele-veintitrés. La luna se acerca-veinticuatro, gigante-veinticinco, iluminando la noche-veintiséis. El niño grita con su voz quebrada-veintisiete, dice: mira, somos famosos-veintiocho. Al otro no le interesa-veintinueve, está cegado-treinta, ensordecido-treinta y uno. Gilberto no encuentra la voz que lo defiende-treinta y dos, aunque le grita-treinta y tres, la llama-treinta y cuatro, le grita-treinta y cinco. ¿Por qué no viene-treinta y seis? Lo único es la noche-siete, las manos-ocho, los brazos-nueve, y más allá-cuarenta, más atrás-cuarenta y uno,

la luna que baja-dos, baja-tres, baja, entra a la atmósfera y estalla en mil pedazos.

Blues de San Luis

...to see the nameless people were bound, as they went, to the streets as the streets seemed bound to the night and the night to the nameless day. And all days to a nameless remorse.

Nelson Algren

uno:

Natalia olvidó su paraguas.

Un paraguas lindo, buen protector contra la lluvia.

Quedó parado en una esquina, detrás de la puerta que da a la recámara —junto al Espíritu de San Luis y la melancolía que se acumula también como polvo en la casa—, un poco triste por la amargura que acostumbra envolver a los paraguas cuando afuera está lloviendo y ellos se quedan parados.

Esa no es la función de sus vidas.

Por supuesto: no se entristecen cuando el día está claro. Permanecen detrás de las puertas, esperando que se nuble.

Es la peor lluvia del año.

Emilio junto a un árbol.

Los vecinos lo miran y se dicen: "Allí está el niño otra vez", pero no lo invitan a sus casas secas y tibias. No son esa clase de gente. Lo dejan en la banqueta, sentado, mirando-agua hacia la esquina-agua.

La espera se prolonga en los arroyos que se forman bajo las llantas de los carros y en los pies de los que corren para protegerse. La lluvia moja niños y uniformes de primaria.

Natalia llega sin paraguas. No le habla pero Emilio se levanta cuando ella abre la puerta de la casa. El niño tiembla un poco antes de entrar; es el Espíritu de San Luis que unas veces aparece como aire frío y otras como un florero que a menudo entristece.

El agua se filtra por debajo de la puerta.

Nadie limpia el piso mojado.

Mañana alguien lo trapeará.

—Se me olvidó el paraguas. —Es el comentario que sus--tituye al saludo.

—Oh —es la respuesta del niño y a la vez la narración íntegra de un día en la escuela; nadie lo lee ni lo escucha pero el Oh por sí solo podría ser un gran cuentista: me saqué diez en biología, el pinche Fregoso volvió a estar de mamón; conocí a una niña que se llama Natalia, como tú, solo que ella es más chica, como yo.

Todo eso cabe en un Oh como en una maleta bien hecha.

Pasa un rato, dos.

Se acuestan en la única cama. Antes, Emilio dice:

—Parece que hoy tampoco va a venir.

No recibe respuesta. Ni una interjección siquiera sale de la boca materna. La espera es un silencio de bisagra recién aceitada.

dos:

No es precisamente que ella despierte de mal humor, sino que la mañana no siempre entra a la recámara de la misma forma. Algunas veces llega con un peso y un color agresivos: no azul claro, más bien rojo intenso. Natalia lo resiente con mayor violencia que otras personas. La mañana es una cobija pesada, quitarla es una tarea grosera, sin sentido del humor.

El grito es el mejor despertador. Ningún reloj chillante es tan eficaz, ningún radio con el rock más estruendoso. Nada es como el grito de Natalia por la mañana.

Es un grito estrecho y desarreglado, Emilio lo conoce bien, es un alarido que necesitaría afeitarse si fuera hombre. Un rastrillo para rasurar, en el baño, es un recuerdo melancólico de ello.

El desayuno rápido. El uniforme de primaria veloz. La reprimenda más frecuente tiene que ver con la lentitud con que un niño puede atarse las cintas de sus zapatos.

En la esquina: una espera por dos camiones. Mujer y niño en distintas banquetas, uno frente al otro, con rumbos diferentes, secundaria y primaria, enseñar y aprender. Natalia es maestra de español. Escuela Secundaria Federal. Emilio llega tarde y su profesora lo regaña. Escuela Primaria Estatal.

La calle, desde el interior de un salón de clases, puede ser el principio de otra espera: el regreso a casa.

Para el niño, muy en especial, podría ser una nieve de nuez en un domingo caluroso.

La espera es un timbre que señala la hora de salir.

Emilio huye de la casa.

Natalia
con ganas de huir
permanece revisando algunos exámenes.

Dos orillas de la ciudad.

Ellos son dos extremos de la península que forman.

El niño se detiene frente al bufete.

La mujer no platica con sus compañeras.

Uno, el chico, lee el nombre del abogado: Raymundo.

Otra, la grande, piensa que las horas son largas y abandonan al tiempo en la distancia.

tres:

Raymundo.

El nombre aparece y desaparece en las ventanas como un Espíritu de San Luis en los vidrios mojados. Es un bufete muy grande. En el interior hay una lista con los nombres de los empleados. Emilio nunca tarda en encontrar al que anda buscando, siempre está más o menos por el medio. Lo halló, incluso, en un directorio de teléfonos y en un diccionario enciclopédico: quiso marcar el número o leer el significado pero le dio flojera. Se conformó con pensar que el nombre podría ser el de un luchador, Ray Mundo.

El abogado no usaría máscara si fuera un luchador verdadero. Muchos rudos la usan pero la perderían cada vez que lucharan contra Ray Mundo.

Y él jamás sufriría el corte de pelo de los derrotados.

Tiene poco pelo de todos modos.

Una vez Emilio escuchó que a Raymundo le preocupaba su escasez de cabello. Natalia sonrió y le dijo que así estaba bien, así lo quería bien, lo amaba bien.

El abogado pretendía, ingenuamente, esperar un acto milagroso para ya no dejar tanto pelo en el peine; y esta espera, para el niño, era la más triste cada vez que hojeaba una revista de lucha libre.

And what can I tell you, my brother, my killer, what can I possibly say? I guess that I miss you, I guess I forgive you.

LEONARD COHEN

cuatro:

El Espíritu de San Luis podría ser cualquier cosa menos un aeroplano. Su verdadera forma debe ser muy blanca, muy larga. Jamás cruzaría el océano Atlántico.

En primer lugar porque prefiere estar encerrado junto al paraguas o la pasta dental, o colgado en una silla como un abrigo sin uso.

En segundo lugar porque el E. de S.L. sufre de hidrofobia, característica común de los espíritus.

Lo que podría ser interesante en este caso (usted pensará lo mismo) sería aclarar a cuál santo pertenece entre la multitud que ocupa los calendarios.

Se sabe que hay varias opciones:

San Luis Gonzaga
San Luis Rey
San Luis Obispo
San Luis Humberto

Es horrible ser el espíritu de un santo sin apellido, increíblemente triste en un pase de lista. Todos los otros espíritus, de los demás santos, se quedarían mirando cuando el maestro dijera San Luis, Espíritu de. El pobrecito contestaría con un “presente” muy tímido. Tendría que explicarles que no tiene papá, que tuvo, que debió tener pero que ya no lo tiene. Ellos (San Martín de Porres, Espíritu de; San Miguel Arcángel, Espíritu de; Santa Natalia Virgen, etc.), burlones, hablarían entre murmullos y comentarios sarcásticos.

Emilio comprende bien al Espíritu de San Luis. Su melancolía, la de ambos, debe venir de muy adentro.

cinco:

Cada vez que tocan a la puerta, el niño corre para abrirla. Cuando descubre que es Jorge (con mucha frecuencia es Jorge), se siente verdaderamente decepcionado verdaderamente; continúa viendo la tele pero no como antes; las imágenes blanco y negro se reflejan en sus ojos, cambiando su cara de tonalidades. Ya no se divierte. Saca los cobertores del ropero y los extiende sobre el sillón de la sala. Para entonces Natalia estará preparando la cena y Jorge, sentado frente a la mesa, esperará el plato y los cubiertos, sonriendo cuando le da la gana, apretando las nalgas de la mujer cuando le da la gana (le divierte molestarla), sin hablar, sin decir palabra más que cuando le da la gana.

El sillón es duro como los gritos natalios por la mañana. La sala es fría, especialmente en temporada de lluvia. Emilio se duerme cuando el Espíritu de San Luis se transforma en su mejor cobija.

“Hoy tampoco parece que va a venir”.

Lo piensa una vez tras otra.

Emilio y Espíritu se duermen como a la tres a.m.

seis:

El sueño.

Lluvia. Relámpagos y él corriendo. Lluvia. Relámpagos en todas partes. La noche se hace día y truena, quejándose. Las rupturas del cielo son golpes en una espalda desnuda, son magulladuras hechas por un cuerpo deliberadamente pesado. Es un sacudir de noche y día. Una, dos veces, tres, con el mismo ritmo y nadie se queja, y ella, la noche, se mantiene inmutable, arrugando el rostro, en verdad odiando al día; pero queriéndolo tener cerca porque es el único

hombre, el último hombre. Encima de ella, una, dos, tres veces, las manos heladas le aprietan sus brazos, sus caderas. Los dedos largos del hombre quedan como manchas en una pared limpia.

Odia. El hombre odia sin saber por qué.

Goza. El hombre goza sin saber por qué.

Y cuando todo acaba, cuando amanece, se larga al trabajo sin decir palabra. Ella pocas veces le prepara un desayuno. Permanece tirada sobre la cama, pensando que merece ese abuso las tres veces por semana que la visita.

Piensa que es un castigo sin saber por qué.

Lluvia. Relámpagos. Día en la noche y Emilio corriendo, corriendo, queriendo alejarse, mojándose sin poder impedirlo, ahogándose en los arroyos enormes que cruzan la calle. "Vámonos de aquí". Hidrofobia, hidrofobia, le dijo Natalia. Día en la noche y el agua

subiendo,
subiendo,
subiendo.

cinco:

Raymundo tiene una casa verde que es una caja con pocas ventanas y un jardín diminuto. Tiene dos hijas ya grandecitas (10 y 12 años) que lo quieren mucho mucho, pero que no dejan de ser mujeres: se aburren con los deportes. Generalmente Raymundo tiene que ir al beisbol o al fut o a las luchas con alguno de sus compañeros de trabajo.

Piensa que el ascenso, próximo a venir, significa una casa más grande, quizá en el fraccionamiento Playas, tal vez de dos pisos, con vista al mar y cochera para dos automóviles. Quizá. Tal vez.

Cuando llegue el ascenso.

—Ahora sí que es necesario —le dice a María Eugenia.

La esposa sonríe mientras plancha.

Ya no se pelean tanto.

Ya no se odian como antes.

Las cosas tienen una forma muy triste de cambiar, le dijo Raymundo a Natalia alguna vez.

> Murió en mi revólver mi madre, en mi puño mi hermana y mi hermano en mi viscera sangrienta, los tres ligados por un género triste de tristeza, en el mes de agosto de años sucesivos.
>
> César Vallejo

cuatro:

Natalia, Raymundo y Emilio en el Museo Balboa.

Para cruzar la frontera es necesario levantarse temprano y esperar su turno. El carro llega a la línea ________________ y el hombre enseña su pasaporte. Emilio está junto a su madre en otro documento. El oficial quiere saberlo todo, **everything**. El hombre dice "Vamos a Balboa" y luego sobre la carretera número cinco, sesenta millas por hora, con destino a San Diego.

Varios museos.

En el mayor: muchas cosas como cohetes, hombres pisando la luna —la luna quejándose— y el Espíritu de San Luis.

Dice: **"Spirit of St. Louis".**

Y un retrato del piloto.

Un mapa con la ruta aérea Nueva York a París.

Es un aeroplano blanco, largo, con una hélice prepotente.

Ahí es donde Emilio conoce a San Luis, Espíritu de.

Mucho gusto.

El gusto es mío.

Raymundo dice :

"Las cosas tienen una forma muy triste de cambiar".

Natalia comienza con su silencio. Es un silencio largo y blanco como una sábana sin cama, como una cama sin gente.

Pregunta Emilio: "¿Quién es el Espíritu de San Luis?"

La voz del hombre se llena de códigos penales, seis años de escuela superior y ocho de experiencia profesional. La Constitución se junta en sus cuerdas vocales y prosigue diciendo:

"No la puedo dejar. He vivido mucho con ella, compréndelo, le debo tanto".

En medio se forma un desierto con lagartijas y cardos, con una carretera transpeninsular que lo secciona y lo separa: la mujer de este lado, el hombre de aquél.

La vida de los tres es una reliquia nueva en el museo Balboa, permanecerá empolvándose junto al aeroplano hasta que el incendio acabe con todo.

If the sky that we look upon
should crumble and fall
or the mountains
should crumble to the sea,
I won't cry, I won´t cry.
Ben E. King

El interior se mueve, se contrae, se aprieta en el centro, se hace vil y el cuerpo empequeñece. Y la mujer es dura. No tiene nada que decir. Es tu bronca. Ahora sí que es tu bronca. El hombre le había dicho que nunca se separarían. Nunca es

nunca, penso Natalia pero hasta los nuncas tienen un tiempo determinado. Y los hombres son débiles. Para ellos es mejor permanecer sin cambios, conformándose con la vida que llevan aunque así se chinguen, se chinguen.

“No la puedo lastimar. Entiéndelo.”

tres:

El que estaba en el museo del Parque Balboa no era el verdadero Espíritu de San Luis; aquel aeroplano, ya lo dijo Brautigan, está guardadito en el Instituto Smithsoniano junto a las seducciones más notables de la Historia.

Este espíritu es una copia que se incendiará dentro de algunos años cuando un sujeto, enfadado con el mundo, decida ponerle un cerillo al Museo Balboa.

Los gringos estarán tristes hasta que fabriquen otro.

dos:

Lluvias.

Lluvias que son afuera y adentro, calle y casa.

Que sufren, ambas.

Que duelen como la cabeza, como las nubes.

La vida se viene encima, de repente, como la lluvia.

En la calle, como siempre en esta época.

En la casa, como siempre.

Agua que cae del cielo y de la regadera, una fría y otra hirviendo; una maltrata calles, otra choca incesantemente contra tu espalda quemada, roja y adolorida.

Así creas tu propia lluvia, la haces y la rehaces.

Boca abajo en el cuarto chico, lleno de vapor. Senos, rodillas y codos pegados al mosaico. Tus ojos cercanos al piso mojado también forman su propia lluvia. Supones que el

niño no escuchará que estás llorando, pensará que todo sigue igual, como el clima: lluvia sobre lluvia sobre lluvia.

El baño se acaba cuando giras la manivela. La toalla es una cobija pequeña, más pequeña de lo que se siente, más que Emilio, más niña aún. Eres una linda chiquilla como antes, sin problemas ni disgustos, desnuda y sentada en el excusado, envuelta en una toalla, esperando a mamá para que termine de secarte el cabello, tu bonito pelo que brilla, brilla tanto y huele sabroso.

Miras techo y paredes, tus ojos recorren el espejo abrumado y permanecen por un momento en tus pies de uñas pintadas.

Mamá no viene pero cuando venga...

Se te ocurre que podrías jugar durante un rato, pedirle unos **pennies** a mamá para comprar dulces. Invitar a Yoly (¿Te acuerdas de Yoly, Natalia?). Ir con ella a su casa, llevarle tus juguetes ahorita que su papá no ha llegado del trabajo. Porque todo mundo abandona la casa cuando llega, todos menos Yoly y su mamá que tienen que sentarse a comer. Y Yoly siempre está llorando a partir de que llega su papá. Te preguntas por qué. Le preguntas a tu mamá y ella confiesa que no lo sabe. Se lo vuelves a preguntar y lo mismo, incluso retomarás el tema cuando llegue a secarte.

Mamá no viene y hace frío.

Dejas el excusado y abres la puerta: la sala vacía, la recámara sola pero con agua en el piso. Se ha metido por debajo de la puerta. Es la peor lluvia del año y agua en el piso.

Mamá no viene-agua en el piso.

Y el piso es frío.

Mamá no viene.

Vas corriendo por el trapeador.

Y el piso es frío.

Eres una niña trapeando. En efecto.

Tocan a la puerta y ese ruido súbito te hace despertar, regresas. De inmediato piensas que es Jorge, hijo-de-puta-Jorge tocando de tal manera y con tal fuerza que parecen dos toquidos, dos seres frente a la puerta. No les abrirás. Te encierras otra vez en el baño antes de que el niño despierte y te encuentre desnuda.

¿Dónde está el niño?

Esto tiene que terminar.

Lo digo yo, lo piensas tú.

uno:

Emilio esperando que Natalia salga del baño.

Se tarda. Es molesto pensar que tal vez hoy venga Jorge. Irritante como el sillón, como no hablar o como mojarse. Lo bueno es que el espíritu, cuando quiere, puede ser el mejor amigo.

—Vámonos de aquí.

Emilio permanece callado. El cerebro se vuelve eco de la voz del amigo. "Vámonos de aquí", repite un florero triste sobre la mesa de la sala. Repiten la televisión apagada, la estufa y el refrigerador. Repiten las puertas de la casa, menos las que están abiertas. Repite el paraguas, repite, repite, repite.

Nadie nos quiere.

—Vámonos de aquí.

Emilio no responde. Las camisas se escapan de los cajones junto con los calzoncillos, mientras que los pantalones se derraman del ropero como si estuviera lleno de agua.

Agua.

Es la peor lluvia del año.

—Vámonos de aquí.

Hidrofobia, hidrofobia —le dijo Natalia.

Es el momento de salir, no habrá oportunidades posteriores. Pasarán los años. Emilio no lo sabe pero se hará hombre demasiado pronto. La secundaria y la preparatoria se le vendrán encima como niebla densa. ¿Qué, no lo sabe?: el tiempo se desliza sobre una superficie de mantequilla. Luego el matrimonio y los hijos; todo el dinero (salario mínimo con aumento anual del trece punto cinco por ciento) será para ellos.

Ahora Emilio piensa que el espíritu es su mejor amigo.

—Vámonos de aquí —insiste—. Abre la puerta.

La lluvia entra por debajo como un pedazo de playa.

Cuando abre, la casa se inunda de tristeza versión líquida.

"Parece que hoy tampoco va a venir".

Emilio sale de la casa. El agua sigue sobre la noche soltando frío como hielo hecho viento. El niño se aleja un poco, trata de huir (mucho-trata de huir-muchísimo) pero la noche es muy noche y el agua es muy agua.

Hidrofobia. Hidrofobia.

—No me voy. Mejor no me voy.

Las oportunidades pasan.

Emilio regresa. Toca la puerta para que Natalia le abra y él pueda estar adentro donde todo es frío y caliente a la vez, mejor que frío y frío nada más.

El Espíritu de San Luis comprende sin dificultad, otro rasgo común en los espíritus. ¿Acaso no son iguales, compañeros de batalla? Pone su parte con puños y nudillos, ayudándole a tocar.

De esa forma el niño toca de tal manera y con tal fuerza que parecen dos toquidos, dos seres frente a la puerta y el agua

subiendo,
subiendo,
subiendo.

Es la peor lluvia del año.

Sin lugar a dudas.

cero:

No llovió igual durante algún tiempo.

Dicho esto como epílogo.

La siguiente tormenta tuvo lugar seis años después y coincidió con el famoso incendio del Museo Balboa. A pesar de la lluvia, el agua no fue suficiente para acabar con las llamaradas que se elevaban sobre la ciudad. Al final, la realidad se vino abajo junto con el edificio y el Espíritu de San Luis.

Durante el incidente, un espectador opinó que los recuerdos arden con tanta facilidad como los museos gringos. El fuego se expande igual e ilumina la noche con los mismos colores.

Fue algo muy hermoso.

Ningún bombero pensó lo contrario.

MUJERES CON TRAJE DE BAÑO CAMINAN SOLITARIAS POR LAS PLAYAS DE SU LLANTO

(1990)

Pérez Prado en la ruta 5 y 10 Capistrano

Es tarde. Poca gente viaja en el camión. Subo y después de pagar descubro que todo el mundo me mira (señores de sombrero, mujeres embarazadas, niños latosos y un ciego). Estoy en tremenda desventaja, por lo tanto, es necesario sentarme lo más pronto posible para ser uno de los que mira y no al revés.

El chofer es un tipo de piel oscura y expresión dura. Ambas manos aferradas al volante. Junto a él, una grabadora enorme, también oscura, es su muy particular versión de los Hechos, la nota roja de su vida; por eso la considera importante y la lleva en el camión como a un primogénito.

El volumen incandescente: antología de mambos con sus percusiones y metales estruendosos, envuelven a la atmósfera y a los pasajeros.

Hoy me ha impresionado una mujer inmensa acompañada de un hombre pequeño. El hombrecito se pierde ante la inmensidad como un juguete olvidado. Ella es la Mujer Mayor, morenota, carota, piernotas y todo. Sus labios son grandes, su nariz, sus ojos igual. Lo único minúsculo son sus pies, sus pantaloncillos cortos y su pareja. El hombre parece reducirse aún más conforme avanza el camión. Al

compararlos, me lleno de una tristeza que solo se advierte en camiones urbanos y en ciertas estaciones de ferrocarril. Él la aprisiona entre sus brazos pigmeos y recarga su cabecita en el hombrote. Ella lo ignora y me ignora con la misma rudeza. Su mirada viaja hacia el exterior. Los carros, la gente, los semáforos pasan frente a su vista como parte del tiempo, como una revista que se cambia y se cambia de hoja sin encontrar algo sublime o interesante que se pueda leer.

¿Qué podrá decirle ese raquítico hombre cuando se para de puntas y le murmura al oído? ¿Le hablará con palabras suaves y cosas importantes?¿Qué le diría yo a la Mujer Mayor para impresionanrla? ¿Le importaría mi vida si se la cuento, arriesgaría contársela?

15 de septiembre. Acaba de morir Dámaso Pérez Prado, Rey del Mambo, a los 73 años, y eso, por si solo, devela recuerdos que yo había guardado en cajas desde hace mucho tiempo. ¿Voltearía su cara hacia, mí, la Mujer Mayor, solo al escuchar esto o necesitaría más historia, más anécdota? Ya sé que no me lo va a creer, Señorita Extensa, y es lamentable que no traiga aquí mis fotografías para demostrárselo. Pero Dámaso, Beny Moré y yo nos reuníamos con mucha frecuencia en mi casa. Hablábamos de mujeres y de música, bebíamos ron y maldecíamos al mundo. Ellos trataban inútilmente de explicarme que los ritmos antillanos eran lo mejor para sobrevivir. No, no, mi afinidad era hacia la música gringa, el blues y el jazz, y eso fue la causa de nuestra separación. Éramos grandes amigos, entiéndalo, solíamos ir a jugar billar y, como nadie era mejor que el otro, nos divertíamos muchísimo. Pero sus intereses eran otros. Ellos eran músicos y tenían el suficiente empeño como para llegar a ser alguien-relevante-en-la-vida. Música como pasión. Música como

necesidad. (¿Será suficiente para la Mujer Mayor o continúo?) Nunca lo comprendí y aquí estoy aún, viajando en la ruta 5 y 10-Capistrano mientras ellos han comprado su lote en la inmortalidad. Lo único que me resta de ellos son las fotos que ahora aparecen en los diarios capitalinos como "Pérez Prado, Beny Moré y un desconocido en un billar fronterizo".

La Mujer Mayor (gigantes caderas, magna cintura) no se impresiona con facilidad. El hombre pequeñuelo se ha dormido, recargado en ella como un bebé. El chofer (cara oscura y expresión dura) no se inmuta. La grabadora guarda un silencio ceremonioso.

En una ocasión le dije a Dámaso que incluyera guitarras eléctricas en sus arreglos de mambos, igual que Muddy Water o B.B. King en los blues. Por fortuna no me hizo caso. Por tonto no le hice caso yo a él. Pude haberlo acompañado al D.F. en busca de fama y fortuna, pero preferí algo más palpable: una carrera en computación. Pude haberme casado con una rumbera y luego convertirme en un dandy, envuelto en tórridos romances, pero preferí mantenerme soltero, mirando mujeres en los camiones urbanos. Pude haber llegado a los 73 y morir como el rey de algo, lo que fuera, pero aquí sigo, atorado en los 27 años sin poder envejecer, sin poder conquistar al mundo, sin poder aparentemente, convencer a la Mujer Mayor de que crea mi historia. La ruta Capistrano está llena de gente así.

Las siete muertes del bienamado John

a Yoko
a Ester

I

El bienamado John muere junto a su madre en un diciembre frío de Liverpool. Fueron arrollados por un automóvil mientras esperaban un camión que los llevara de regreso a su casa. Tenían mucho tiempo sin verse. Ella le había enseñado a tocar su primera guitarra. Él había prometido escribirle una canción.

II

El bienamado John muere a causa de una sobredosis de droga. La autopsia reveló, entre otras cosas: multitud de pastillas, trozos de una guitarra desvalida y la fotografía de una mujer morena que lo había abandonado hace dos días. Sus tres compañeros de la banda rehuyeron comentar el asunto.

III

El bienamado John muere ayudado por su propia pistola calibre 22, en un cuartucho sombrío de un hotel de segunda. Comenzó su mensaje para el mundo así: “Queridos amigos”, pero no supo más qué decir, lo tiró al cesto de la basura y se quitó los lentes.

IV

El bienamado John muere a causa de una enfermedad que le fue transmitida por una mujer durante unos instantes inolvidables. Pasó feliz sus horas finales hablando con ella por teléfono. Le hizo promesas de amor que no le pudo cumplir. Después murieron también, uno tras otro, sus tres compañeros de la banda.

V

El bienamado John muere cuando trataba de cruzar nadando la Presa Rodríguez. Era muy peligroso y nunca lo hubiera intentado estando a solas, pero esa tarde no halló quien lo acompañara y el agua era turbia como la nostalgia por los amigos ausentes. Ahora todo mundo lo recuerda, canta sus canciones y nunca lo deja solo en el panteón.

VI

El bienamado John muere por una serie de golpes inflingidos por un marido celoso. La mujer era negra y de caderas enormes. El marido era corpulento y escupía de lado. Lo sorprendió cuando caminaba por un callejón sin salida en una ciudad fronteriza. La ambulancia no llegó a tiempo. La mujer pronto se olvidó de él.

VII

El bienamado John muere frente a su casa en un diciembre frío de Nueva York. Lo balaceó un hombre pequeño de lentes oscuros. Lo último que John miró fue a su esposa llorando. "No era mi intención lastimarte", le dijo. Ella continuó su vida triste hasta muchos años después.

La muerte es una cantina en la Calle Sexta

al Pancho

No hace mucho tiempo que murió el autor de este cuento. Hoy frecuenta una cantina buscando al amor de su vida, una mujer morena, muerta hace cuarenta años.

El cantinero llena los vasos.

El hombre-autor toma su trago como si no fuera el cien o doscientos después de la última copa. Todo terminó cuando se le acabaron las cosas por hacer. Ahora vive su muerte en una cantina muy parecida a otra en la Calle Sexta, donde vivió su juventud. Entonces su padre era "un-hombre-bueno-que-a-veces-lo-regañaba"; eran pocos los padres que podían resumirse en ocho palabras, pero no había más que decir de él. Cuando se murió, madre e hijo se fueron a Norteamérica, tierra de oportunidades, en donde ella, según se ha sabido, aún lava la ropa y cepilla los pisos de la gente rica.

Pero basta.

La mujer que busca en la cantina es el amor de su vida, nadie lo puede discutir. Eran vecinos, ella tenía varios hermanos, una abuela y un Chevrolet 47 que era como una estatua frente a su casa, excusado de palomas, arrumbado, decrépito e inservible.

El autor, a los dieciocho años, poseía un bigote escuálido,

de gringo, y a los veinte publicó su primera novela. Hoy en día se afeita a diario y rara vez escribe una línea.

Y dicen que la muerte no cambia a la gente. Qué va.

La mujer jamás leyó un libro. Aprendió de su primer hombre el significado del verso y la prosa. Era un viejo marinero que cargaba la literatura tatuada en su brazo izquierdo, como si fuera un corazón con el nombre de una mujer negra, originaria de Nueva Orléans.

El autor esperó cuatro décadas para reunirse con su gran amor.

La muerte es una cantina en la Calle Sexta. ¿Se entiende?

Está iluminada de rojo y tiene varias mesas redondas, un lugar pequeño para bailar y un anuncio en el exterior que prohibe la entrada a los menores de edad.

Para los jóvenes, la muerte es una discoteque en la Calle Cuarta.

Para la gente acostumbrada a los lugares elegantes, la muerte es un restaurant con mesero que hablan francés.

Es la muerte de todos modos.

El autor de este cuento falleció hace un par de semanas y, como niño con juguete nuevo, ronda las calles de la muerte buscando al amor de su vida, una mujer morena que se acerca a los clientes del negocio y, condenada a siempre querer bailar, los invita como si fuera designio divino, como si un rechazo pudiera convertirse para ellos en maldición eterna. Ella prefiere canciones de Agustín Lara. ¿Verdaderamente ha pasado tanto tiempo?

Dice: existió una mujer amada por muchos hombres en un carro viejo, arrumbado y decrépito.

La mujer tiene una cicatriz en el pecho que es su propia versión de la literatura. Se la muestra a cualquiera que la desee ver. Podría decirse que la cicatriz es redonda como una vieja moneda de a peso, tirada con descuido sobre una almohada. Podría decirse.

El hombre-autor es torpe para los boleros. Sus pies se mueven inseguros y en la misma dirección. Desea, de súbito, haber vivido en los años cuarenta como pianista en un cabaret-mala muerte de la Ciudad de México; pero se resigna finalmente a ser autor de este cuento y piensa que, mañana por la mañana, quizá escribirá sobre un músico que componía canciones de amor y de España, y que alguna vez, por coincidencia, estuvo con una mujer en un antiguo Chevrolet 47.

Dice ella: hubo una mujer que se dejaba amar por hombres distintos. Hoy no recuerda sus caras. Observa su vida desde una miopía nostálgica. Solo permanece en su memoria un joven voyerista, solitario, mirándola desde la acera de enfrente.

—¿No leíste mi libro? —le pregunta él—. Hablaba de ti.

Ella nunca leyó algo más que no fuera aquel tatuaje viejo, repleto de sabiduría. Ezra Pound no le enseñó a bailar boleros. Tampoco Apollinaire. La poesía tuvo poco que contribuir en ese aspecto de su existencia.

Ella continúa: una mujer que pasaba sus noches en un carro ancestral. El carro era la historia del mundo.

El cantinero sirve otra copa y deja la botella. Su trabajo se ha vuelto monótono. Nadie se queja. Rara vez hay pleitos. Las botellas siempre llenas. Los vasos no se quiebran.

Esta es la muerte, señor.

Así es.

—Tuve que escribirlo —insiste el autor—. Fuiste mi gran tragedia.

Cuarenta años para decírselo.

La mujer se aburre con su conversación.

Prefiere seguir bailando con hombres que son o fueron menos escritores.

Sonríe desde lejos. La sonrisa lleva consigo una nostalgia negra de voz grave y labios anchos. Canciones de Agustín Lara. Azul, azul, azul. El hombre, indiscutible autor de este cuento, bebe su último trago antes de partir (las horas avanzan y la muerte se llena de noches iguales). El alcohol pasa al interior de su cuerpo como el mar de un día invernal sabría chocar con las rocas y hacerse brisa.

La mujer recibió un balazo en el pecho. Los vidrios del carro se empañaron como si en lugar de sangre tuvieran nubes y en lugar de pistola y olor a pólvora poseyeran el aroma claro de la lluvia.

Así lo miró el joven desde la acera de enfrente.

Así permaneció, triste como un otoño prematuro. Un árbol moviendo al viento. El viento perdiendo hojas. El árbol fresco y transparente.

Después vino la novela (noches y noches escribiendo: obsesión de un muchacho, mujer que se entrega), la breve fama que le siguió (críticas duras, algunos aplausos) y cuarenta años de alcoholismo (todos estamos condenados).

Quienes han leído su novela saben que está dedicada al amor de su vida. Así lo dice. No lo pudo evitar. En fin.

Los días que pasaron ya no fueron los mismos. La mujer nunca regresó a la cantina. Corrieron varios rumores entre la gente que la conocía, se inventaron historias, nadie supo la verdad. La más significativa cuenta que su espera ya había terminado, que la condena y los tiempos de baile acabaron para siempre. Que se le miró abordar un camión y regresar a la vida.

Se dice que allá ha cambiado de nombre y posee una nueva posición social. Es presidente de Las Damas de Beneficiencia y esposa de un prominente neurocirujano.

Y dicen que la vida no cambia a la gente.

Qué va.

Pero posee un secreto que ni su destacado marido conoce: unas extrañas e inexplicables fantasías sexuales que se apoderan de ella cada vez que se encuentra en la Calle Sexta con un viejo Chevrolet 47.

Es bochornoso. Lo bueno que no hay muchos.

Por lo pronto, el autor de este cuento todavía frecuentará esa cantina de fama internacional que es la muerte, escuchando con atención a Don Agustín y esperando su turno para regresar a la vida, tal vez como carnicero, contador, chofer o lo que sea. Fantasías sexuales, seguramente, cada vez que pase por una cantina en la Calle Sexta.

Caen trozos de cabellos en las peluquerías del mundo

I almost cut my hair
It happened just the other day
David Crosby

Para Sandra Guzmán

Para muchos, cortarse el cabello es un acto convencional, una necesidad estética; para mí, ponerse en manos de un extraño entijerado es una de las peores pesadillas.

Se lo trato de explicar a mi nueva esposa en la noche, cepillándose el pelo, limándose las uñas.

Al cabello le tengo un amor supersticioso. Cumple una función vital, purifica al organismo, resguarda de los malos espíritus y mantiene la salud mental.

Mi nueva esposa se dispone a dormir, decide no hablarme.

Recuerdo la primera vez que entré a una peluquería. Yo era un chiquillo inocente, sin experiencia, ingenuo, crédulo a morir. El viejo cortapelo era mañoso, siniestro. Acomodó un banquito sobre la silla móvil para que me sentara. Sonreía con dos o tres dientes de plata mientras manipulaba mi cabeza como si fuera un sartén. Miré caer los trocitos de cabello y a la vez sentí que mi vida se iba, que salía de mí como el alma de los aborígenes australianos cuando alguien les toma una fotografía.

No volví a ser el mismo, mi mundo perdió su inocencia, su color. Lloré mis mejores lágrimas en esa peluquería.

Le digo a mi nueva esposa que el cabello debe ser dejado

en paz. Ella bosteza; decide ya no mirarme.

Al transcurrir el tiempo y la vida, los peluqueros se fueron extinguiendo como inútiles dinosaurios. La evolución nos ha dado una especie más joven que ha cambiado su nombre. ¡Pobres de nosotros, quienes caemos en manos de los estilistas unisex, creyendo en los augurios de un mundo mejor!

Con ellos el resultado es el mismo: cabello al suelo, barrido al final del día y entregado a la basura como trapo sucio.

Todos son iguales. Se acercan a tu oído, murmurando conjuros, tratando de adormecerte. Serás un hombre distinto al despertar, nunca lo que habías querido ser.

Le digo a mi nueva esposa: son hechiceros. Ella se prepara para dormir, decide no tocarme.

Entonces, ¿por qué ponerse en manos de los entijerados? Tiene que ver con la educación familiar, la cultura del padre trasplantada al hijo con todo y sus pulcros matices. Padres, tíos, madres y abuelas siempre estarán ahí para recordarnos que el corte militar es el mejor, que incluso Elvis Presley se cortó el cabello cuando se fue a la guerra, que hasta el bienamado John lo hizo cuando dejó a los Beatles. ¿Con qué armas combatir ese razonamiento durante la adolescencia? Tal vez lo mejor hubiera sido reclamar: "¡Elvis murió gordo y desolado mientras que el bienamado John fue baleado frente a su casa!" Mis padres no lo hubieran comprendido y de todos modos hubiera terminado en una lenta y alicaída marcha hacia la peluquería.

Escucho a mi nueva esposa en el baño. Ella cepilla sus dientes. Nada quiere saber de mí.

Estoy perdido, lo sé. Mi nueva esposa se acuesta a mi lado y su perfume impregna la recámara. Se ha puesto la sexi-

piyama roja que tanto me agrada. Es una pérfida.

La he visto esconder unas tijeras bajo la almohada, la he descubierto y ahora finge dormir. Mujer alevosa. Mujer falaz. Mi nueva esposa.

Yo también fingiré dormir y callaré, dejando que sus delicadas manos hagan lo suyo, entregándome a la calvicie y al trasquile. Mañana, mi nueva esposa tendrá, de nuevo, palabras dulces y tacto suave. Tratando de compensar, me explicará lo bien que se ve su hombre así, incluso sugerirá un saco y una corbata, tarjetas de presentación en la cartera. Inútil explicarlo, ella no entiende: cabello corto, vida fugaz.

Esta es, sin lugar a dudas, la triste historia de un hombre sin paz en el alma.

Llorar en el cine

Una confesión para
Josué cuando sea grande

Yo soy de los que llora en el cine.

Soy de los que muere un poco en cada final trágico, en cada amor destrozado.

Lloraré cada vez, es inevitable; pero seré el primero en negarlo cuando la película termine y las luces se enciendan.

No faltará quién me pregunte y yo diré que no, que la viejecilla muerta me tiene sin cuidado, que el héroe perdido no me interesa.

Pero.

Yo soy de los que llora en el cine.

Soy de los que llora un poco porque no pueden llorar más.

Porque el llanto se va agotando, es la verdad.

Porque la vida ya no da tumbos como cuando era pequeño y no había aprendido aún a llorar en el cine, cuando la vida de celuloide no podía dañar a nadie porque todo era ficción. Las butacas duras, el refresco y las palomitas también eran ficción, así lo decía la mujer que me llevaba de la mano.

Yo, con mis ojos miopes y mi bolsa de ciruelas secas; ella, con sus tacones altos y sus medias rasgadas.

Yo era un niño que descubría objetos y los guardaba; ella era un adulto que con cada paso perdía poco a poco lo que había encontrado.

Por eso ella lloraba en el cine. Apretaba su klínex usando esa forma (dulce de olor, dulce de sabor) que tenía de sollozar. Había una pesadumbre en su mano cuando salíamos para buscar un camión, yo lo sentía en la fragilidad de sus dedos, en la tibieza adolorida de sus yemas.

Ninguno lo confesaba: continuábamos el camino sin mirarnos porque ella-adulto había recibido ya el sobre lacrado de la prudencia y la soledad, mientras que yo-niño empezaba a comprender que la vida era como una gran película que pasaba frente a nosotros.

Por lo menos entonces tenía la seguridad de que, como en el cine, nada era verdad; ahora la certidumbre, como a veces me sucede con las llaves del carro, se me pierde, se sale de los bolsillos, me abandona.

Por eso yo soy de los que llora en el cine.

Soy de los que llora un poco y seguiré llorando.

Primero de noviembre en Oaxaca

Clavado en el rincón de una cantina en Huajuapan de León, estado de Oaxaca, defiendo a la rocola como si fuera una esposa recién adquirida. Lejos de mi tierra, con seis cervezas Victoria y dos mil kilómetros de soledad encima, recuerdo a Marisela, morena de piernas largas y falda corta.

Muchacha consentida, dos puntos: aquí los parroquianos me miran mal. No les gusta la gente del norte porque no usamos sombrero. No importa. Ahorita, con la séptima Victoria, me lleno de un valor que no es normal en mí; aquí tengo a Lorenzo de Monteclaro haciéndome respaldo, canción A34, **Dos corazones**.

Hoy es primero de noviembre y me entristece que San Ruffo esté tomando posesión como gobernador de Baja California, no porque me interesen esos rollos de la política, sino porque ahí estás tú, Marisela, edecán de piernas largas y vestido corto, pasando el día sentando diputados y empresarios. Tu cuerpo moviéndose de aquí para allá como canción norteña.

Esta cantina se llama El Madrazo y, no lo puedo negar, me tiene preocupado. La gente de Huajuapan, al menos los que

están aquí, toman aguardiente y llevan un machete al cinto. Se quedan mirándome como si nunca hubieran visto a un tijuanero grandote, cuatrojos, malquerido. Lo bueno es que Beatriz Adriana, G25, me está haciendo el paro cantando sobre amores ingratos y otras perdiciones.

Por favor, San Ruffo, cuida mucho a Marisela, que si estuviera conmigo mis manos no soltarían su cintura. Pero como estoy solo, San Ruffo, concédeme la gracia de cuidarla y no permitir que esos cabrones guaruras presidenciales se la lleven a pistear y luego a cenar y luego a un hotel, porque ya entrada en copas, San Ruffo, mi Marisela, la hermosa, le suelta el vestido al que sea, y eso me apena, me jode, deveras.

Hoy es primero de noviembre y por acá todos piensan que soy gabacho porque no traigo sombrero. Malhaya, ni Ramón Ayala C22, los convence. Lo bueno que en Huajuapan los cantineros dejan que se amontonen las botellas vacías sobre la mesa, así, cuando llevas nueve puedes empezar a sentirte mareado y a mirar los machetes como ramos de flores para ti, Marisela, piernas largas, falda corta.

Los parroquianos hablan de mí, voltean a verme con más frecuencia; alguna risa de vez en vez. Busco canciones de Cuco Sánchez pero la rocola finge ignorancia. Por eso, decido, mejor me salgo de este Madrazo para buscarme otro. Ya van diez cervezas, creo, once o doce, quién sabe. Me levanto de repente, intento largarme pero las piernas no funcionan y Marisela suena en mi cabeza como campanas en la madrugada, y voy al suelo durísimo, San Ruffo, y santo madrazo, así se llama la cantina, Marisela, piernas, faldas, y todos los de Huajuapan se ríen, carcajada abierta, norteño entristecido, se levantan y me ayudan a sentarme junto a ellos, caray, son buenos cuates, no cabe duda, y me cuentan

historias tristes, historias de hambre y pobreza en Oaxaca, me invitan aguardiente del bueno, brindamos dos, tres veces, y a su debido tiempo, en el momento justo, les hablo de ti, Marisela, piernas y falda, edecán de mi tierra lejana, San Ruffito te acompañe.

Por qué compro la revista Vuelta y no la leo

No lo sé. La revista Vuelta es una muchacha presumida que baila con todos menos contigo. Sabe que la miras, sabe que fuiste al baile solo por ella, y ahora, al ritmo de la música, mueve sus caderas insinuantes, cachondas, nada más para enfadarte, para divertirse mirando en tu mano temblorosa la enésima cerveza, que sufre un poco, que odia un poco.

Por qué compro la revista Vuelta y no la leo

No lo sé. La revista Vuelta es un perro solitario en busca de amigos. Camina detrás de ustedes con su cara bonachona y no saben qué hacer; ella (tu mujer, tu pareja de siempre) te sugiere cruzar la calle y es buena idea, lo hacen de inmediato, pero ahí va la revista Vuelta arriesgando la vida entre taxis y camiones. Ustedes tratan de esconderse metiéndose a un super mercado, pero los espera con una paciencia que no es normal en los perros. Es el destino, dice ella (tu mujer, tu pareja de siempre). Vuelta, meneando la cola, los acompaña hasta tu casa. Desde entonces ya no es una revista, es el mejor amigo del hombre, ladrándole a los carteros y a las motocicletas.

Por qué compro la revista Vuelta y no la leo

No lo sé. Será porque la revista Vuelta se pone pantalones entallados durante la noche y recorre las calles adjudicándose al mejor postor. No te atreves, solo la miras desde una distancia cautelosa. Ella vive en cada esquina de la ciudad, en los anuncios luminosos y en los vendedores ambulantes. Ella es cada mujer taxista que miras pasar cuando ya es demasiado tarde.

Por qué compro la revista Vuelta y no la leo

No lo sé. Quizás porque el puesto de revistas está en el camino a tu casa, tal vez porque la encargada del puesto se llama Tranquilina, y ese nombre, piensas, debe llevar implícito algo místico. Esa noche, la revista Vuelta en tu casa es lo más cercano a Tranquilina.

Bella Tranquilina de papel con tinta.

Quisiera abrirte y leerte, pero ya me lo has dicho, no puedo hacerlo hasta casarme contigo.

Por qué compro la revista Vuelta y no la leo

No lo sé. La revista Vuelta es la esposa que nunca deseaste; pero que, en fin, te salvó del recuerdo melancólico de Ismaelita, amor de primaria. Le aseguras a tu mujer un cariño que no le tienes. Dos o tres chiquillos corren por la casa. Dos o tres veces recorres la calle tratando de escapar. Que tu esposa te perdone porque Ismaelita ha regresado y ahora trabaja de maestra en una escuela cerca de tu oficina. Ismaelita, la misma. Ismaelita no ha cambiado: su cara pecosa, sus lentes

enormes, sus manos de niña. Que la revisa Vuelta te perdone porque regresas tarde a casa; ella te esperará siempre con la mesa preparada, es inevitable: la mejor comida, la mayor tristeza.

Por qué compro la revista Vuelta y no la leo

No lo sé. La revista Vuelta es un empleo mal pagado, uno de tantos pretextos que ha inventado el ser humano para ponerse a escribir. ¿Qué más puedo agregar? No lo sé.

Mujeres con traje de baño caminan solitarias por las playas de su llanto (Fragmentos de la Sra. Robinson)

Amor, tú eres la camisa
limpia de mi alma.
William Kennedy

Señora Robinson

Y brindo por usted, Señora Robinson, rubia y ojiverde Señora Robinson. Su voz es una cerveza fría en un verano intenso.

Cuando se acumulan las botellas a nuestro alrededor, usted me cuenta historias de antaño; me habla de un joven que conocía, muy parecido a mí, muy alto, muy de lentes. Soy un recuerdo, pero soy mucho más que eso. Me lo dice y recorre mi cara con sus dedos. Luego enciende la televisión y me deja ver el box. Su mirada y sus atenciones solo para mí. cambia mis zapatos gastados por las pantunflas del marido X, muerto hace mucho tiempo.

Y brindo por usted, Señora Robinson, por su casa de tres recámaras y dos carros que me recibe cada viernes en la tarde, su inglés es una cerveza fría, **my darling**. Por la tarde, su vida y la mía son un guisado con papas en un microondas. La mesa está perfecta con sus tenedores de lujo, así es todos los viernes: usted insiste en que la acompañe durante el fin de semana y, claro, la acompaño.

Así todo comienza: nuestra ropa y mi cartera vieja sobre el mueble de lujo, desde ahí el pasaporte se asoma, guardador de muchos secretos: así todo termina.

Señora Robinson: permítame desplegar mi Latinoamérica sobre sus **stars and stripes**, permítame sumergirla profundo en sus años dulces.

Tela de alambre

Usted está junto a la puerta de su casa, esperando mi arribo con su mano abierta en la tela de alambre.

Yo vengo del otro país, caminando por las calles limpias que me llevan a su casa.

Usted ya me ha besado desde antes, desde la mañana cuando despierto solo en mi departamento, desde que salgo rumbo al trabajo.

Usted me ha abrazado desde antes, desde que llego a la fábrica y marco en la tarjeta la hora de entrada; desde que reemplazo al compañero y él reniega y bosteza, bosteza y reniega.

Usted ha desabotonado mi camisa desde antes, desde que el trabajo termina, ocho horas, llega mi sustituto y marco en la tarjeta la hora de salida; desde que regreso al departamento sudoroso, cansado, cinco pisos arriba.

Usted ya me ha mirado desde antes, desde que procuro peinarme y escoger la mejor ropa, desde que llego a la línea y el gringo vigilante se convierte en el Gran Inquisidor.

Usted ya me ha conquistado desde antes, se ha aprovechado, se ha engolosinado, se ha congestionado desde antes; desde que tomo el camión y cruzo la ciudad con sus grandes edificios y sus playas, desde que pido la parada y camino las tres cuadras hasta su casa.

Por eso, Señora Robinson, cuando me ve llegar, cuando me acerco y usted está junto a la puerta de su casa, esperando mi arribo con su mano abierta en la tela de alambre, por eso

usted me besa, me abraza, me desabotona, me mira y me conquista con la experiencia, con la maestría de alguien que ya lo ha hecho desde antes.

Por eso, Señora Robinson. Por eso.

Vecinos

¿Qué les dice a sus vecinos cuando me ven llegar, qué explicación les da? La señora gorda de al lado, pobrecita, divorciada, secretaria desde hace veinte años, siempre asomándose por la ventana.

La vieja de enfrente con los cincuenta gatos y su nieto retrasado mental.

El señor y la señora de la casa rosa, ambos coleccionistas de armas, oriundos de Texas.

La solterona flaca, muy puntual, todas las mañana iza la bandera en su jardín, siempre a media asta, y muy puntual, todas las tardes la baja.

¿Qué les dice a sus vecinos, Señora Robinson?

¿Seré el jardinero que todos los viernes recorta el césped y recoge las cacas de su perro?

¿Seré el que arregla su televisión vieja?

¿Seré un pariente lejano que llega a traerle noticias de familiares perdidos?

¿Seré el representante de la iglesia local, pidiendo limosna para ayudar a los niños hambrientos de Guatemala?

¿O seré simplemente el empleado que cada fin de semana decide pasar un par de días con usted, estudiándole las mamanos, aprendiéndole los ojos?

Dígales lo que sea, no le van a creer. Cuénteles una mentira, platíqueles una verdad. Manténgalos contentos, Señora Erre, ellos no lo merecen, nosotros sí.

Pasaporte

¿Y qué si me quitaran el pasaporte?

Esa tarjeta tonta que nos une y nos separa, nos une y nos separa.

¿Qué tal si esos tontos, guardianes, me quitaran el pasaporte?

¿Sería yo capaz de avisarle, escribirle, llamarle por teléfono?

¿Qué podría decirle con este inglés tan pobre, **my dear, dear Mrs. Robinson**?

¿Qué pensaría usted de mi?

¿Me lo creería?

O quizás piense que ya me enfadé de ir y venir, ese vivir como rey un viernes, un sábado, un domingo, y luego regresar a mi país a la rutinita de empleado entre semana.

O tal vez piense que sí me importan esos años de distancia que nos separan.

O se le ocurra que una mujer más joven ha llegado a mi vida, quizá se la imagine con el nombre de "Imelda", y la dibuje en su cabeza y le haga el cabello negro, la piel morena, los ojos cafés.

Es posible que ahora la suponga acompañándome y usted se diga en inglés "pinches hombres cabrones" y ponga canciones de Billie Holiday en su tocadiscos, y acabe con las tres botellas de whisky que tenía guardadas para mí.

Esa tarjeta que nos une y nos separa.

Dígame: ¿sería usted capaz de venir a México, sacarme de una cantina, meterme con empujones a su carro, exigirle a las autoridades que me dejen pasar?

Imagínese nada más, Señora Erre, seríamos un problema internacional, usted y yo, solos, un problema internacional.

El detergente

La señora me lleva al supermercado, me da a oler las lechugas y me dice cuál es el mejor detergente. Imita a un comercial de televisión: ella de repente está en todos los canales como si fuera informe de gobierno. **Do you understand?** Quitamanchas, antigrasa, limpia impurezas, permite ser feliz porque te da amor y canciones de John Lennon. Su nueva fórmula no deja ese sentido pastoso en la ropa, cura el cáncer, pero no se lo digas a nadie, edifica naciones libres de racismo, pone en bancarrota a los noticieros, te hace sonreír porque tiene un aroma suave a recuerdos pasados.

Es el mejor detergente, **the very best**.

—Está bien, está bien, me ha convencido.

A la hora de pagar, la cajera es sonriente y cortés.

Regresamos a casa y la señora pone un brazo, dos brazos a mi alrededor.

Regresamos a casa y la señora prepara una ensalada, me abraza y lava mi ropa con el buen detergente.

Imelda

¿Alguna vez le he hablado de Imelda, Señora Robinson?

Dando dando

Ella me regala un suéter y me desea feliz navidad aunque apenas es septiembre. A la siguiente semana, no queriendo quedar atrás, le regalo una banderita y le deseo feliz día de las fiestas patrias. Una semana después ella me regala su casa y me dice: llévatela, es tuya. Le digo: no puedo, señora, no puedo. Ella replica: si me quieres te la tienes que llevar y no dejar nada, ni la ropa, ni las fotos, ni los discos de los Beatles.

Para citar al poeta: ella se vuelve un mar de lágrimas.

En su llanto, los pescadores lanzan sus redes antes del amanecer, se anuncia una tempestad y la resaca arroja sargazo y botellas vacías.

En su llanto, los atardeceres son color naranja y las noches frías y húmedas. Mujeres con traje de baño caminan solitarias por las playas de su llanto.

Yo le regalo mi quinto piso del INFONAVIT y le digo: dando, dando… si me quiere se tiene que quedar con él, con la ropa sucia, los vecinos latosos, la escasez de agua y los discos de Led Zeppelin.

Ella es una gringa que no recapacita con faciliad; pero, por esta ocasión, agrega: mejor así estamos bien. Tú con lo tuyo, yo con lo mío.

Yo, en realidad, soy un pobre iluso, perdedor de apuestas, **loser** en general. ¿Qué sería de mí sin ropa y sin vecinos, sin escasez y sin discos: lo único que tengo? ¿Qué sería de mí?

INVITADOS ESPECIALES

Gonzalo Lizardo
Gonzalo González A.
Humberto Félix Berumen
Luis García Orso
Juan Villoro
Ignacio Trejo Fuentes
Armando Oviedo

TJ, el Rock, Marcela y el Rey

Gonzalo Lizardo

El Sol de Zacatecas
Septiembre 23 de 1988

Cuando el arte se plantea la necesidad de autocuestión, cuando intenta renovar sus códigos o aniquilar sus chés, cuando propone una lectura difícil en lugar del “facilismo” al que nuestra pereza mental y una serie de prejuicios culturales nos tienen acostumbrados, el resultado casi siempre se traduce en obras de gran rigor intelectual, críticas lúcidas pero, desafortunadamente, frías. En el caso contrario, cuando el arte quiere impresionar vía nocaut, de manera directa, sin complicaciones estructurales ni lingüísticas, engendra obras llenas de vitalidad, amenas y rápidas de asimilar: pero, por desgracia, también fáciles de olvidar o, peor, ideológicamente discutibles.

Sin embargo, el arte (y en este caso la literatura) tiene aún sus propios mecanismos de conservación. Pasada (o amainada) la euforia pesimista de la “muerte-de-la-literatura”, ha aprendido a nutrirse, retroalimentándose de las nuevas manifestaciones culturales y contraculturales.

El cine, que durante tanto tiempo vampirizó a la literatura, ahora se ha convertido en fuente de un lenguaje totalmente nuevo, lleno de recursos narrativos y poéticos. El rock, antes vitalizado por una actitud nihilista muy literaria, ahora se

ha convertido en una nueva manera de ver las cosas: una concepción estética subversiva y hedonista, imaginativa y crítica. Y también el arte pop, con su cruzada por lo cotidiano, provocó ecos directos e indirectos, tanto por sus temas como por su forma, sonriente, irónica, y en ocasiones tierna, de abordarlos.

El primer libro de Luis Humberto Crosthwaite, **Marcela y el Rey (al fin juntos)**, es en este sentido una primera culminación de la más reciente y corrosiva tradición de la literatura mexicana. Su narrativa, llena de elementos lúdicos, provocadores, siempre sorprendentes, está soportada en un lenguaje cuya única pretensión es ser llano, verosímil, sin excesos.

Externamente, los cuentos contenidos en este volumen podrían empaquetarse dentro de la "literatura de la onda": el lenguaje, la predilección por el tema de la niñez y/o adolescencia, el continuo juego con los signos gráficos, gramaticales y de sentido. Y, sobre todo, la voluntad expresa de evitar toda solemnidad, todo crepúsculo.

Y, como contrapeso, Crosthwaite plantea anécdotas más complejas, que van más allá que el costumbrismo de "la onda". El contexto en el que se desenvuelven es poéticamente racional: todo encaja (o desencaja) como en un cuento de Cortázar (o de Brautigan). Hay también un deseo manifiesto de no escribir "la-gran-obra-de-mi-vida". Un gusto por el cuento que se va fabricando (escribiendo) ante el lector (*¿action-writing?*), y que este se entrometa con las emociones más elementales, más directas e ingenuas de los personajes.

Brautigan, Elvis, Hitchcock, Lennon, Cortázar, la Janis, Lorenzo de Monteclaro, Juan Escutia, Tijuana (TJ), la Avenida Revolución, McDonalds y muchas, innumerables pequeñas

referencias (por ejemplo el anuncio de cerveza Superior), se entrelazan en una estructura elástica, amena, que no pretende confundir. Crosthwaite nunca niega sus referencias culturales, las platica como una forma de describirse, de narrar su ciudad: la frontera: Tijuana; evitando inteligentemente todo exceso para no caer en chicanismos fáciles.

He reiterado la expresión "sin exceso" varias veces. Porque una de las características del universo de *Marcela y el Rey,* en su desnudez, a pesar de las anécdotas que aborda Crosthwaite, nunca utiliza elementos de ornato ni efectos dramáticos, evitando (o jugando con) los lugares comunes. Y el tono reflexivo o moralizador, su narrativa parece buscar (o inventar) lo poético en un mundo urbano específico, excéntricamente transculturizado, frío, en donde el *kitsch* ha hecho su imperio. El humus es solo el resultado lógico; la fantasía, un escape para los personajes y un hedonismo del autor.

En el cuento que da título al volumen, una mujer común, patéticamente ordinaria, conoce al Rey: un Elvis viejo en harapos al que el autor ha perdonado su decadencia como **crooner** para convertirlo en protagonista de una paráfrasis: la fábula infantil de la joven pobre que se enamora de un rey. Pero ni se casan ni son felices para siempre y él es un vagabundo que molesta a las mujeres en el Paseo Costero de Tijuana. Tienen que enfrentarse a una frontera, una línea entre fantasía y realidad donde se desarrolla su historia. Una historia narrada casi con desencanto, como si el autor fuera el más afectado por el desenlace.

A partir de esta guía, los demás cuentos se van encadenando, diversificando en nueve variaciones, cada una con sus propias consecuencias y elementos: en *El Great Wallenda*

o summertime time time, la Janis (drogas, sexo y rocanrol) se casa con el Gran Wallenda célebre malabarista cuya "vida" se subrayó poco en la historia para precipitarse juntos (pero por separado) en sus finales. En *Adiós a la luna*, Gilberto, un niño cuyo único refugio ante la hostilidad de sus padres es una mesa en el jardín, compensa sus problemas familiares con una fantasía: la luna está cayendo, y él lo ha descubierto. En *Incendios y demás en el edificio de enfrente*, la situación hostil es similar, incluso el protagonista también es un niño, pero hay un juego con las convenciones del cuento de fantasmas, y el autor comienza a entrometerse más en la trama. Este elemento se vuelve importante en *Viernes noche frente al televisor*, un relato de cuatro planos de realidad: el lector, el personaje que está viendo TV, el protagonista de la serie y el *flashback* con los niños. A pesar de ello, el cuento se desenvuelve con claridad y humor.

Y así sucesivamente: los tres amigos (el güero) bueno, el (moreno) malo y el (negro) feo en *Where have you gone, Juan Escutia*; Manríquez, el velador, su maniquí y la música de Serrat en *Bajo la lluvia bailamos un vals*, la invención de Raquel, *somebody to love* en *Existirá Raquel* o el cerrón con la tragedia cotidiana y el espíritu de St. Louis en *El Blues de San Luis* (el cual desde mi punto de vista, es el cuento más completo; más hermoso del libro).

En fin, esta es una obra con la calidad suficiente como para destacar entre la más reciente narrativa mexicana, inteligente en su temática e intensa en su realización. Y coeditado por nuestra Universidad, el Sindicato de Personal Académico y Joan Boldó i Climent Editores.

A propósito de Luis Humberto Crosthwaite

Gonzalo González Aréchaga

Semanario Zeta
Noviembre de 1988

Marcela y el Rey al fin juntos es el nombre de un cuento y también el título de una colección de cuentos breves recientemente publicados, la mayoría de unas cuantas páginas.

En ellos resulta extraño leer, por primera vez, los nombres de los sitios que nos son comunes. Es un placer similar al que puede experimentar una persona que después de largo tiempo se quita una venda de los ojos.

Es Luis Humberto Crosthwaite quien nos quita esa venda con su prosa directa, sus frases breves que enumeran sitios y peculiares situaciones tijuanenses: el espíritu de San Luis que no está en Tijuana, la lluvia escasa que cuando cae se vuelve ríos de lodo; el incendio de la tienda Dorian's del año 1978; el Paseo Costero mordido por el mar; el edificio habitacional Padre Kino, también quemado; la línea que se cruza pero nunca por completo.

A veces parece que Crosthwaite busca los hilos de un hipotético *tour* anti-turístico tijuanense. Sus ficciones son en ciertos momentos desmesuradas, aunque sin llegar al extremo de los mitos de Tiakun. El autor nos abre una puerta hacia adentro de lo que es esta frontera, de lo que él, como escritor, ve y quiere mostrarnos.

En los cuentos de Crosthwaite, se entiende que para él, uno nunca acaba de cruzar la frontera, esa especie de membrana muy elástica que nos deja atravesar físicamente al otro país, movernos; a muchos les permite vivir, trabajar, estudiar. Pero siempre llevamos consigo todos nuestros antecedentes.

Así sucede a varios personajes de estos cuentos, como Marcela o Elvis, el Rey. La frontera es una "línea de crucecitas dibujada en todos los mapas y que nos enseñan a respetar en la primaria". Eso es, solamente una raya de los mapas. Aquí y allá gente, árboles, tierra, mar, lo mismo.

Si se deja aparte el aspecto que hace referencias localistas queda una prosa elaborada, de un trabajo formal exhaustivo. En sus cuentos es notable la búsqueda de la palabra exacta. Su estilo generalmente se niega a la construcción de párrafos extensos, lo que resulta en una notable agilidad narrativa que corre por la superficie de su prosa.

Es interesante el punto de vista del narrador en constante cambio. A la primera lectura aparecen textos lineales, aunque de una dificultad inicialmente inexplicable.

Esa linealidad de sus cuentos es como la de un filme que, sin desviarse de la trama, nos muestra escenas demasiado rápidas: escenas que logramos apreciar como cargadas de sentido. Pero que nos es imposible saber lo que dicen porque la película no se detiene.

Luego pasa el tiempo y, al reflexionar, la razón se hace aparente. El autor se ha tomado el trabajo de descomponer el punto de vista para que se aprecien más facetas de ese diamante que es la realidad. O de esta realidad que nos toca y que tiene más cuerpo en ciertas coordenadas del globo, en ciertas palabras clave que nos pertenecen.

Quizá Crosthwaite quiere presentar su mosaico, como

sugieren algunos esquemas narrativos que dejan la impresión de un collage fotográfico.

Así la ejemplifica el cuento *Where have you gone, Juan Escutia* con los antecedentes de los soldaditos amanecidos, del sitio que visitan, de la historia nacional que sobrecarga los circuitos del cuento (Winfield Scott, la música de fondo).

Otro ejemplo, en *Existirá Raquel*, es el notorio mecanismo que cambia, casi en cada párrafo el punto de vista narrado a veces en primera, a veces en tercera, a veces en segunda persona del singular.

No puede negarse que la estructura compleja de los cuentos en ciertos pasajes repercute negativamente. Hay momentos en que el lector debe leer con cuidado extremo para no perder la trama.

En los cuentos de Crosthwaite hay muchos olvidos, muertes, sueños, intrusiones de lo fantástico o lo sobrenatural. También se puede encontrar en ellos muchas alusiones a la relación de lo cotidiano con la cultura de masas, como lo son los personajes del cine o la televisión (Tarzán, The Great Wallenda), y hasta el lenguaje propio de un guión televisivo (en *Viernes noche*).

A este respecto cabe también la anotación siguiente: cuatro de sus cuentos se conforman a la más pura línea de lo fantástico.

A tal grado es así que cuentos como *Existirá Raquel o Bajo la lluvia bailamos un vals* parecen formar parte de *Twilight Zone*, una serie televisiva de hace más de veinte años. Un escritor de ciencia ficción como Richard Matheson podría sentirse orgulloso de un cuento así.

El autor encuentra la manera de nombrar lo que vemos tan distante en una pantalla, lo que de alguna manera nos

asedia o subyuga: en forma extraña, aunque plausible, Elvis toma otra vida, el Great Wallenda se casa en Tijuana muchos años antes de morir, el gran incendio de la Dorian's tiene orígenes a la Rod Serling.

Crosthwaite funciona como enlace de estas vidas arrastradas a lomo de camión verde y crema; como el mago que pone nombre a cosas que no lo tenían y dice nombres que nadie había querido expresar.

Lo curioso es que los ojos siguen siendo nuestros, nuestras las ideas. Para nosotros son mayores las penas del niño incógnito que las de la mismísima Janis Joplin. En estos ambientes enrarecidos lo cotidiano resulta una ruptura frente a lo fantástico. Ruptura que es, a fin de cuentas, refrescante.

Como epílogo debe decirse que a Crosthwaite le gusta abrir la perspectiva al final del cuento, de tal modo que las últimas palabras o frases no sean el último clavo. No son cuentos para cerrar el libro y decir "perfecto", sino para preguntarse sobre la naturaleza de nuestros personajes, de nuestra trama. Así podría decirse que sus cuentos son interrogativos, que al fin constituyen un signo de interrogación que pregunta al lector: ¿cómo la ves?

El humor como visión narrativa

Humberto Félix Berumen

Esquina Baja
abril-junio de 1989

Si omitimos su participación en el libro *Fuera del cardumen. Antología de una nueva narrativa bajacaliforniana* (1982), su inclusión en la obra colectiva *Adiós a la luna* (INBA/UNAM/ISSSTE, 1986) y en la fallida *Antología de la nueva narrativa bajacaliforniana* (UABC, 1987), **Marcela y el Rey al al fin juntos** (1988) viene a ser en realidad el primer libro publicado por Luis Humberto Crosthwaite (Tijuana, 1962).

Los nueve relatos que lo integran son por lo tanto la primera colección editada hasta ahora como resultado de su desempeño como narrador. Y habría que agregar: la más interesante recopilación narrativa publicada durante los últimos años por un escritor nacido en Baja California. Con una excepción igualmente meritoria: *Juguete de nadie y otras historias* (FCE, 1985), de Daniel Sada (Mexicali, 1953).

En los cuentos de *Marcela y el rey al fin juntos*, como en sus relatos iniciales, Luis Humberto Crosthwaite hace gala de un sentido del humor más cercano a la parodia que a la ironía, a la sonrisa franca que a la carcajada estruendosa, mordaz. El suyo es un humor festivo, regocijante. Y en cierto modo reiterativo de sus mismos aciertos y esquemas narrativos: el

humor como registro y visión del entorno social, la cultura pop como sustrato y repertorio temático (principalmente una devoción idolátrica de canciones y cantantes de la música rock), la apelación directa del lector, el recurso para lograr el distanciamiento con lo narrado (inclusión en el relato de recuadros explicativos, notas, comentarios, digresiones al margen), el desenfado como irreverencia o actitud festiva. Un ejemplo de esto último:

> **Otra nota del autor:** Juan Escutia recibió un indiscutible ascenso en popularidad cuando empezó a circular un álbum histórico de estampas por el año de 1972. ¡Cuánto dinero gastado en los abarrotes de la esquina! ¡Cuánta decepción al descubrir que nuestra colección rebosaba de Aldamas, Maximilianos y Obregones pero nada de Escutias! ¿Sería otra nefasta idea del presidente Echeverria o alguna conjura siniestra de la CIA para apoderarse de la juventud mexicana? La polémica es grande. Las especulaciones continúan. (Pág. 25)

Relatos como *Marcela y el rey al fin juntos por el Paseo Costero*, *El Great Wallenda o summertine time time*, pero principalmente *Where have you gone, Juan Escutia*, tal vez el mejor de todos, se regodean en las posibilidades narrativas y/o paródicas de las figuras ya míticas de Elvis y la Janis, o legendarias como el niño héroe mexicano Juan Escutia. Sin que, por otra parte, ninguno de los personajes tenga ningún parecido, ni cercano ni distante, con sus homólogos reales. En el fondo, lo que importa son tanto los personajes considerados en sí mismos, reales o ficticios, como la ocasión y el pretexto, para poner en juego las ventajas de la parodia al servicio de un humor personal festivo, cáustico, y casi siempre gratificante:

Elvis era un cuarentón que no se apenaba con el trabajo. Intentó conseguirlo, pero es difícil en las fronteras grandes. Había pocos lugares que aún utilizaban música en vivo:
Entre éstos, uno, el Mike's acababa de contratar a una cantante de rock. Pesadota la chava.

Sorry.

Los demás no se interesaron.

—Te pareces demasiado al Rey. (Pág. 16)

O resulta, en más de un sentido el motivo para suscitar la burla, entre irónica y divertida:

A los 13 años, Juan Escutia no quería entrar al Colegio Militar, era una escuela fea, grandota, en un cerro muy alto. Deseaba ser un niño normal como sus compañeros de primaria. Abogado, contador, lo que sea. Vivir en una casa con cocina integral y baño de tina. Casarse con una güerita, tener un par de hijos y sentirse como multimillonario en el fraccionamiento Chapultepec. Pero había que comprender: su papá ya tenía pagada la colegiatura. Ni modo. (Pág. 32)

Como trasfondo escénico la ciudad de Tijuana, recreada o asimilada:

Descripción breve

La avenida Revolución es una calle importante. Por ahí pasan todos aquellos turistas que se ponen a merced de los mejores vendedores. Hay casas de **money exchange**, cabarets, burros rayados, fotógrafos, una enorme variedad de **curios shop** y señoras de Oaxaca, vendiendo flores, con sus niños amarrados a la espalda. En la Revolución también está el **World Famous Tillys**, el Jai Alai y el hotel donde preparaban las mejore ensaladas César.

CONOZCA LA FRONTERA

MAS VISITADA DEL MUNDO

Primero de dos anuncios cortesía de la dirección general de turismo.

(Pág. 23)

Los seis relatos restantes, sin ser diferentes del todo a los tres primeros, se inscriben en una vertiente distinta. En estos, el sentido del humor pareciera dejarse de lado, o cuando menos reducido a un segundo plano en orden de importancia, para dar cabida a preocupaciones de otra naturaleza. Seres que viven las fantasías de la imaginación infantil y del sueño como reales (*Existirá Raquel, Viernes noche frente al televisor, Incendios y demás en el edificio de enfrente, Adiós a la luna, Blues de San Luis*) o que divagan en la angustiante soledad de los quehaceres cotidianos (*Bajo la luna bailamos un vals*), son los personajes que pueblan esta parte del libro. Marginales o desvalidos, tiernos o inocentes, pero sin dramatismo, estos personajes nos muestran la otra cara de la realidad: aquella que tiene que ver con el tedio, la soledad, el abandono. Su existencia es parecida o semejante a la nuestra: somos sus modelos imperfectos.

El espíritu de San Luis (Humberto)

Luis García Orso

Gaceta de la Universidad
Autónoma de Zacatecas,
Julio-octubre de 1989

M**arcela y el Rey (al fin juntos)** reúne varias historias de seres solos y marginados en la sociedad; de esos que nadie escucha, nadie atiende, nadie recuerda. Marcela, la secretaria cuarentona sin ningún compañero (ni siquiera un gato); Elvis, envejecido, vagabundo, cuyas canciones a nadie interesan: Manríquez, el velador de doble turno en la tienda de ropa más grande del noroeste, encerrado con Clara-maniquí en una pequeña bodega, y convertido en maniquí: el Great Wallenda, equilibrista de circo, una vez famoso, a quien ya nadie recuerda; Natalia, la maestra de español en la secundaria, sin un hombre que la quiera, sola con su hijo; y los niños de papás borrachos, de familias sin amor, de familias encerradas en una sola pieza; niños que sueñan con salir de la pobreza, platicar con sus papás, ser felices.

Seres solitarios y marginados de la vida: "Nadie nos quiere. Vámonos de aquí", que tratan de huir, que siempre están huyendo; al norte, al cuarto de baño, al edificio de enfrente, a la playa… y terminan cantando ranchero en el exilio, cocinando para los gringos ricos, muriendo en una guerra perdida, desapareciendo en el misterio de la lluvia o de un

incendio.

Porque ya no se puede huir; porque sus vidas están atadas a estas calles, a estas playas, a estas paredes. Almas grandes y solas como la luna que baja sobre la presa "porque está cansada de no poder compartir su existencia con la gente", y cuando bajan, entran en la tormenta, en la violencia, y estalla en mil pedazos. Seres que ya solo son "cruces pequeñas en un mapa quemado hace mucho tiempo".

La soledad —sufrida, impuesta, asumida— va minando todo, invadiendo la existencia, empapándolo todo, como la lluvia, coma la vida misma que "se viene encima, de repente, con la lluvia". Todas las vidas narradas por Crosthwaite acumulan melancolía, como la casa de Natalia; saben a tristeza como el Paseo Costero; huelen a vacío como el refrigerador donde Joel ya no está… Y, sin embargo, el autor nunca cae en la sensiblería rutinaria ni en el estereotipo fácil, ni en la compasión barata. Sencillamente nos comparte la vida de esos seres marginados, nos hace estar ahí con ellos, nos ayuda a caminar del Centro hacia la soledad, para encontrarnos con nuestros propios miedos, sufrimientos, sueños, desiertos… Entonces se hace la verdad sobre los "héroes" de una larga lista de mentiras en nuestra historia oficial y sobre el orgullo falso: la tentación frente a nosotros de "el país más poderoso del mundo".

Quien haya nacido o vivido en Tijuana reconocerá que estas nueve historias suceden exactamente en Tijuana, pudiendo suceder en cualquier otro lugar de nuestro mundo hostil. Así vamos por el Centro, la Revolución, la Coahuila, la Ocampo, Playas, la Presa, el Parque Teniente Guerrero, la Línea… Y con la belleza del oficio de quien sabe narrar, se van cruzando el pasado y el presente, la fantasía y la realidad

bruta, la nostalgia y los sueños. Y todo con el rock como una constante música de fondo (Elvis, Janis, Morrison, Lennon…).

Luis Humberto Crosthwaite ha devuelto su protagonismo, su calidad de seres humanos, a tantos desplazados de la sociedad: ebrios vagabundos, madres solteras, ficheras, niños abandonados, veladores explotados, secretarias olvidadas, profesoras malpagadas, gente sin nombre. Hay un espíritu en la obra de Crosthwaite, "es el Espíritu de San Luis, que unas veces aparece como aire frío y otras como un florero que a menudo entristece", y que nos invita también a nosotros a dejarnos tocar por esa vida, a vivir "al fin juntos" en la solidaridad amorosa, como la imposible posibilidad de ser felices ellos y nosotros.

Al ocupar los marginados sociales el primer lugar en estas historias, un niño sin padre puede asegurar que "el Espíritu de San Luis es su mejor amigo". Y que tiene apellido: Espíritu de San Luis Humberto Crosthwaite.

Do you understand, ése?

Juan Villoro

Revista Nexos
Enero de 1990

¿Puede haber algo más anticuado en este cierre de milenio que la cultura pop? Su Salón de la Fama es un concilio de cadáveres y señores con rodajas de pepino en las bolsas de los ojos y mascarillas de vitamina E; sus ricos juegos tipográficos ya tienen el encanto de época de la letra gótica germana o la caligrafía encadenada virreinal.

Luis Humberto Crosthwaite (Tijuana, 1962) pertenece a la liga triple B de la literatura (Barthelme-Brautigan-Burroughs) y en **Marcela y el Rey al fin juntos** visita algunos rumbos de la vanguardia de hace 30 años. Pero lo importante es que corre con sus propios tenis. Crosthwaite se vale de las oraciones de una palabra de Barthelme, la habilidad de Brautigan para trazar destinos a partir de datos culturales, los montajes *cut-up* de Burroughs (la pluma como tijera), pero no con fines de apantalle; la fuerza de los relatos no depende de los desfiguros formales. Cuentista con un mundo propio, no ha querido ser el Champolion de la cultura arcaica. Crosthwaite no traduce; inventa.

Elvis, Juan Escutia, El espíritu de San Luis, el bateador Hank Aaron, El Bueno, el Malo y el Feo y otros íconos históricos son convidados a esta frontera donde toda fayuca es

permitida. El autor no pierde el tiempo en sus 109 páginas; *Marcela y el Rey* rinde homenaje a la cultura movediza de Tijuana. Los cuentos de Crosthwaite tienen la virtud comercial que Luis Miguel Aguilar ha visto en la literatura caribe: el gusto por el intercambio, la incapacidad de negar otras culturas. Crosthwaite detesta los usos aduanales y solo acepta letreros de NADA QUE DECLARAR. Algunos de sus héroes sufren por cruzar sin papeles en regla y él cobra venganza con su lenguaje en fuga, que no se detiene ante la migra ni los alambres de púas.

El lenguaje es, sin duda, el mayor mérito del libro. Algunas de sus divisas: el ingenio, el oxímoron humorístico (el sarcasmo afectuoso), el ritmo (un baterista rápido que también usa la escobilla), el gusto por las metáforas riesgosas ("un alarido que necesitaría afeitarse si fuera hombre"). Según Auden, el pedigrí de un buen escritor joven no se reconoce por sus Mensajes al Mundo sino por su irregateable afición a combinar palabras. Y si de combinar se trata, hay que leer los magníficos pasajes de *broken spanglish* de Crosthwaite, siempre más cerca de Cortázar que del periodismo testimonial. Los personajes son definidos por los idiomas y sus mezclas: hay quienes no se entienden, quienes se malentienden, quienes se engañan sin querer, una Babel portátil donde las lenguas son destinos: la fealdad de un negro es trazada por su idioma ("maneja un inglés neoyorquino que nadie comprende"), un niño demuestra ser "un creído" porque al jugar a las escondidas cuenta en inglés.

Aunque en un cuento declara su preferencia por las hazañas de los bateadores, ninguna posición define tan bien el estilo de Crosthwaite como la del parador en corto. ¿Su jugada predilecta? El doble play. En apretados movimientos tra-

za la desolada situación de Elvis Presley en Tijuana:

> Elvis era un cuarentón que no se apenaba con el trabajo. Intentó conseguirlo, pero es difícil en las fronteras grandes. Había pocos lugares que aún utilizaban música en vivo:
> Entre éstos, uno, el Mike's acababa de contratar a una cantante de rock. Pesadota la chava.

Un poco más adelante ocurre el encuentro del Rey con Marcela. Otra vez la jugada rápida:

> Una mujer pasaba su tiempo contemplándolo sin tristeza ni alegría. Eran los únicos en la playa. El sol se acercó unos milímetros.
> —Soy el Rey. Me llamo Elvis.
> Extrañamente ella pareció comprender.

Crosthwaite construye las tramas a partir de detalles significantes; las emociones se derivan de las cosas: "la amargura que acostumbraba envolver a los paraguas cuando afuera está lloviendo y ellos se quedan parados"; una ciudad con "cuadras sin esquinas"; "un día como un semáforo rojo". El mal humor no depende de la muchacha que despierta, sino de la mañana "que no siempre entra a la recámara de la misma forma".

Más que historias, el autor baraja estampas, las carga de sentido y al final las combina de manera insólita; las catástrofes (el huracán, el incendio, la muerte, los Padres de San Diego derrotados en la Serie Mundial) son refutadas por una ternura difícil, ganada a pulso: el incendio, a fin de cuentas, es maravilloso, aunque no tanto como los uniformes de los bomberos que llegaron del otro lado. Sin lágrimas ni azotes, compartimos la emoción de quienes van a la pana-

dería *Summertime* y reciben bolillos gratis por acordarse del gran equilibrista que un día cayó de su alambre.

Aunque el rigor literario es pan comido para Crosthwaite, a veces parece dudar de sus recursos: en *Blues de San Luis*, por ejemplo, interrumpe uno de sus mejores textos para prestigiarlo con citas de Vallejo, Lennon y Cohen, como si desconfiara de su voz para dar las notas altas. También hay cierto gusto por la crítica facilona (la parodia a los comerciales de televisión) y los símbolos precocidos (el niño que se agringa adquiere ojos azules con estrellitas). Sin embargo, abanicar de *strike* un par de veces puede ser una forma de calentar motores. *Marcela y el Rey* no podía resultar mejor: Luis Humberto Crosthwaite lo mandó al otro lado de la barda.

Un tijuanense audaz

Ignacio Trejo Fuentes

Unomásuno
Agosto 4 de 1990

Luis Humberto Crosthwaite es un escritor de provincia cuya literatura nada tiene de provinciana. Eso lo demuestra en su libro de cuentos **Marcela y el Rey al fin juntos**.

La afirmación con la que abro el párrafo precedente obedece a la certeza de que muchos escritores de la provincia mexicana, en su loable afán de registrar su tierra en sus obras, se dejan arrebatar por el paisaje, el medio, la gente y esas otras cosas propias del lugar, descuidando lo artístico; de ese modo, lejos de hacer un favor a su amado terruño, lo agreden; en cambio, algunos saben conjugar su aprecio por su región con sus cualidades literarias (ejemplos, entre muchos, Sergio Galindo, Jorge lbargüengoitia, Juan Rulfo, Juan José Arreola, Agustín Yáñez, Luis Arturo Ramos, Rosario Castellanos...): estos son los que deben celebrarse porque logran deshacerse de fronteras ridículas mediante el empleo magnífico de la palabra. A ese grupo pertenece Crosthwaite.

Este autor nació en Tijuana, en 1962, en esa ciudad ubica los nueve cuentos del libro que ahora me ocupa. Pero debo advertir que aun si en el fondo lo es, no parece una celebración desaforada de la tierra propia, no es un arranque del

sentir provinciano sin más, sino una ubicación necesaria y natural porque Tijuana es el entorno del autor y en consecuencia lo que conoce más de cerca y a fondo. La naturalidad en ese sentido, entonces, sería uno de los méritos iniciales de la obra.

Luis Humberto Crosthwaite recorre su ciudad, su ambiente, lo ve y lo siente y lo calibra y lo retrata desde varios ángulos; en sus narraciones hay visiones del paisaje, de gente de todos los medios y edades y de atmósferas asimismo variadas. El resultado es que los lectores somos trasladados a una realidad (a un ámbito irreal, por momentos) que nos parece fielmente expuesta y por eso entusiasmante. Ahora bien, mediante otros libros de diferentes escritores (Revueltas, Campbell, Méndez, etcétera) habíamos tenido de los aires que se respiran por allá (tal vez hay muchos más autores que los mencionados, pero estos son recordados por sus logros estéticos, más que los paisajísticos o turísticos); pero LHC nos trae aires frescos, propiciados por una narrativa igualmente fresca y viva. Y es que sabe captar los pliegues de su ciudad, sus modos de vida (envuelta como está en una atmósfera fronteriza) y lo que de ello se desprende, y lo hace con una naturalidad pasmosa, sin que se note que está siempre en los mismos espacios, porque aunque comunes, adquieren bajo su mirada y escritura, tonalidades, matices distintos.

LHC no es un pretendido "vanguardista" en cuanto a las formas y sin embargo no es cuentista del todo convencional. ¿Cómo explicar esto? Tal vez diciendo que arriesga mucho en el primer sentido, pero sin caer en el entorpecimiento de la esencia cuentística: contar una historia y contarla de la mejor manera. El autor se permite ciertas audacias en los

cambios de tiempos, de voces, de escenarios, de disposición tipográfica del material, pero nunca, en aras de eso, permite que quien lee pierda el interés por lo contado: es ágil, conciso, y siempre sabe hallar el elemento que despierta la atención temática.

Por ejemplo, su estilo narrativo se apoya en lo concreto, usa invariablemente frases y aun párrafos cortos, casi telegráficos, lo que a veces da la idea de que estamos ante recursos cinematográficos más que literarios, lo cual es solo aparente. Esta es, por ejemplo, la entrada del primer cuento:

Primera parte: Marcela

> Ella tenía un gato, su único compañero, pero ahora está sola de nuevo. Los años, como el gato, se han salido por la ventana llevándose los muebles y la alfombra.

Esa forma distingue su estilo de manera que consigue, en pocas parrafadas, abreviar lo que pudiera exigir varias cuartillas; con ese sentido casi telegráfico que tejen sus cuentos.

Así, este libro reúne varias virtudes: interés anecdótico permanente; rechazo del gratuito arrebato regionalista, y su ganancia: lo global, lo sin fronteras, lo que interesa a todos; y un peculiar sistema narrativo. Eso, tan solo invita a acercársele.

Camino corto a Tijuana

Armando Oviedo

Unomásuno
mayo 18 de 1991

El Marios Bros se fue con la finta cuando le dije que en Tijuana estaba el pan. Antes de llegar a los matices, raudo y veloz cual saeta vendió sus tiliches, cargó con su señora y su niño y se fue tendido como bandido a encon-contrarse con la abundancia. Tres meses después regresó al barrio todo madreado (él y el barrio) sin su chava a quien había dejado bien instalada en un tugurio de la Revolución, una vez que cambalacharon al chamaco por unos dólares bien ganados porque el escuincle güero ojo verde los valía. Y es que en verdad os digo que allá quien la rifa (¿o la rufa?) es el PAN, pues ganaron los partidarios del blanquiazul. Cuando lo vi en ese estado, al saber que le fue mal en aquel estado, no tuve monedas ni consuelo que darle así que para aliviarlo un poco le presté *Tijuanenses*, de Federico Campbell, y **Marcela y el rey al fin juntos**, de Luis Humberto Crosthwaite. Cinco días después me regresó los libros decidido a retornar a la línea quebrada por su hijo y su mujer. Hace poco me llamó para decirme que aquello era puro cuento, que ya estaba checando la transa y ¡órale! Por qué no me regalaste esos libros cuando hice mi primer viaje pero no hay tox, salud y adiós. No sé cómo le hará el Marios Bros para plagiar al arte apenas

entrevisto en los cuentos de Campbell y Crosthwaite, pero mientras nadie se aventure a las tierras de las maquiladoras y casi terreno libre de comercio, quedará el testimonio de algunos autores. Quizá el Marios esté viviendo lo que ya leyó o lo esté corrigiendo y aumentando; aventurero como es, se fue a comprobarlo a Tijuana y para mi fortuna de sedentario irredento Tijuana vino a mí en el reciente libro de Crosthwaite.

Luis Humberto Crosthwaite (1962) nos hace el camino corto a Tijuana. Después de que en 1998 la Universidad Autónoma de Zacatecas, en coedición con Joan Boldó i Climent, publicó los cuentos *Marcela y el rey al fin juntos*, regresa con más imaginación en relatos más breves y de mayor intensidad narrativa. Acostumbrado a los títulos largos, como los preámbulos narrativos que Eulalio González El Piporro les hace a las canciones, Crosthwaite ataca de nuevo con **Mujeres con traje de baño caminan solitarias por las playas de su llanto** (1990). Si en *Marcela y el rey*… se recrea "un ambiente (el de la frontera norte de nuestro país) sin acogerse a las rigideces del estilo más llano", *Mujeres con traje de baño* no es la excepción y consigue retratar el espíritu de un lugar tan complejo socialmente mediante una economía lingüística notable.

La memoria de la fantasía convoca a los recuerdos y los mezcla con la realidad. De esa unión nace la fuerza del relato y solo de esa manera se puede hacer relevante el hecho más fútil y hueco. Para ello, el autor interroga a personajes que desde sus respuestas van poblando y estableciendo, con un punto de vista *sui generis*, el ambiente de sus carencias; para esto descomponen y recomponen vidas a través de canciones o cantantes. Si en el primer libro Elvis enamora

a Marcela en la frontera convenciéndola de que el rock no tenía la culpa de su desamor, comprendiendo que el amor es así y ella no lo había inventado. En el segundo libro se lee que John Lennon tendrá siete muertes para elegir; en este otro enamoramiento, pero esta vez con la huesuda, se tejerá algo tan breve como la trayectoria de una bala o el compuesto químico de un barbitúrico. La elección está en las biografías.

Por otra parte nos encontramos en estas historias la cultura popular de las fronteras mexico-estadunidenses, donde la acritud de los instrumentos musicales ofician de alcahuetes en el congal de los divertimentos. No todo es rock el de los ojos abiertos: Si Janis patrulla la Revu, anda *Pérez Prado en la Ruta 5 y 10-Capistrano*; si *La muerte es una cantina en la Calle Sexta*, cantando con Agustín Lara, también se puede vivir bailando un vals bajo la luna. Para Crosthwaite todo puede ser revelador y relevante: una canción es el pretexto para activar el juego; cortarse el pelo se convierte en una preocupación existencial; estar en el rincón de una cantina de Huajuapan de León, oyendo en una rocola a Lorenzo de Monteclaro, es salvarse del vértigo tropical y no caer en las profundidades del bongó y la caña. Y todo de manera gozosa, lúdica, subiendo ídolos y confrontándolos con nuestro gusto, con una retórica pulcra que anuncia crítica, posición contracultural, aplica modismos, rescata tendencias pero que, sobre todas las cosas cuenta, dice, platica y canta. Propuestas nuevas con sentimientos viejos donde el narrador establece sus gustos que son los nuestros y que nos daba pena recordar. Este libro es una buena norteada para los que se quieran aventurar a la búsqueda de los sentimientos puros.

Colofón

El libro
Marcela y el Rey al fin juntos
seguido de
Mujeres en traje de baño caminan solitarias por las playas de su llanto
se diseñó en la ciudad de Tijuana
y su cuidado estuvo a cargo
de Karla Rojas Arellano
y el autor.

Se comenzó a distribuir gratuitamente
en formato digital
el 21 de junio de 2020,
día de San Luis,
cumpleaños número 76
de Ray Davies y aniversario
luctuoso del incomparable
John Lee Hooker.